3145

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA DELINCUENTE HONRADA

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ MOTA Y GONZÁLEZ (1)

(1) El pensamiento de este melodrama está inspirado en una obra francesa

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1894

La Delincuente Honrada

Obras estrenadas del mismo autor

EN TRES ACTOS

El Ermitaño de la Peña Maldita.—Drama.
El Rey ciego.—Melodrama.
Crímenes de la ambición.—Drama.
Quien siembra coje.—Drama.
El Lego de San Francisco ó la Independencia Española.—Melodrama histórico.
La curación por celos.—Comedia.
Pedro el Sordo.—Juguete cómico.
La Delincuente Honrada.—Melodrama.

EN UN ACTO

El Curandero.—Juguete cómico.
La Montería.—Paso cómico.
La avaricia rompe el saco.—Juguete cómico.
Dos veteranos de la Guerra civil.—Disparate cómico.
Un consejo á tiempo.—Comedia.
Ron y menta.—Borrachera cómica.
¡Lo maté!—Juguete cómico.
¡Quítese usted la ropa.—Juguete cómico.
Contra ira.... latigazos.—Juguete cómico.
La cámara oscura.—Juguete cómico.
Las angustias de un procurador.—Juguete cómico.
De asistente á capitán.—Juguete cómico.
Los cesantes.—Juguete cómico.
El secreto de mi esposa.—Juguete cómico.
¡Hasta la muerte!—Juguete cómico.
¡Vencí!—Juguete cómico.
Un capitán de lanceros.—Zarzuela.
El Talismán de mi suerte.—Zarzuela.
El Tío Paco.—Zarzuela.
La carta de despedida.—Juguete cómico.
Cinco minutos de angustias.—Juguete cómico.
La Epidemia reinante.—Zarzuela.
Currillo el Malagueño.—Juguete cómico.
El jóven de las Trinitarias.—Zarzuela.

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA DELINCUENTE HONRADA

MELODRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ MOTA Y GONZÁLEZ (1)

Estrenado con gran éxito en el Teatro SAN FERNANDO de Sevilla, en la noche del 30 de Octubre de 1894

Al mantenedor del buen gusto en el teatro; al distinguido primer actor y director D. Wenceslao Bueno.

El autor

(1) El pensamiento de este melodrama está inspirado en una obra francesa.

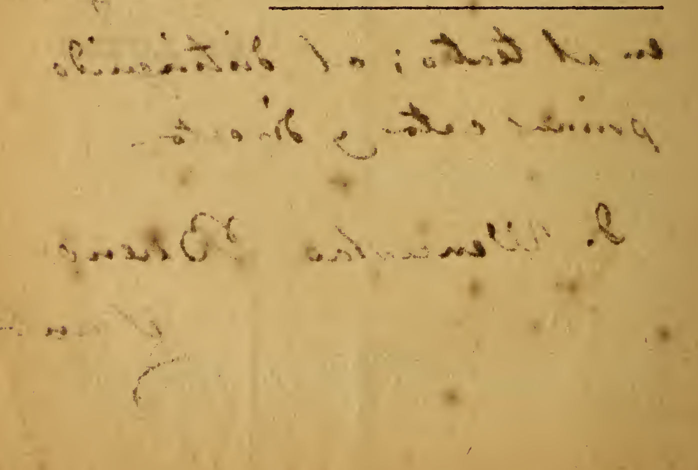
SEVILLA
IMP. DE ENRIQUE BERGALI, SIERPES 104 Y MANTEROS 19
1894

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El Autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



AL EMINENTE DOCTOR

Don Antonio Salado y Moreno

Hace algún tiempo que pensé dedicarte uno de mis trabajos literarios; hoy cumplo mi deseo, edicándote éste que ha obtenido ún éxito mucho mayor que yo esperaba; acéptalo como débil prueba del cariño que te profesa tu amigo de toda la vida y pariente de más de la mitad de ella,

EL AUTOR

REPARTO

Personajes	Actores
LUISA	SRA. CASAS
EMILIA.	SRTA. PIERRAT
MARTINA	SRA. JIMÉNEZ
CARLOS.	SR. FUENTES
EL TIO PACO.	» CABARRO
FERNANDO.	» BAENA
LUIS.	» SALADO
D. DIMAS	» TOGEDO

ACOMPAÑAMIENTO

La acción es contemporánea

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador

ACTO PRIMERO

Patio de una hacienda en Andalucía: á la derecha un pabellón elegante, al cual se sube por una escalera exterior: ventana grande frente al público: desde el pabellón hasta la verja del foro una tapia: á la conclusión de ésta, se verá una puerta que comunica por medio de un pasadizo con el pabellón, de manera que se vea la mitad, ó sea la parte alta de las figuras que pasen por él. A la izquierda, en primer término, una puerta, y desde ésta á la verja, otro lienzo de tapia: hacia este lado un grupo de árboles, y bajo de ellos, velador y sillas. Al fondo, verja de hierro con puerta al centro: al foro selva. Dentro del pabellón habrá un veladorcito; sobre él un vaso con agua, una palmatoria con vela (apagada), al fondo un pequeño cuadro representando una Virgen: á la izquierda puerta interior que se supone da á otra habitación y al pasadizo.

ESCENA PRIMERA

DIMAS, saliendo por la puerta izquierda y figurando hablar con algunos que quedan dentro: MARTINA, que con un plumero limpia los veladores y las sillas.

DIMAS ¿Me has entendido? ¡Aquí no ha de hacerse otra cosa que lo que yo mande! *(Volviéndose hacia la escena).*

MARTINA ¿Qué le pasa, D. Dimas?

DIMAS ¡Nada! ¡Quiero que se me respete tanto como al Sr. Conde!

MARTINA ¿Y quién deja de respetar á usted?

DIMAS ¡Todos! y usted la primera!

MARTINA ¿Yo?

DIMAS ¡Sí, señora, también usted se olvida con

671634

frecuencia de que soy el mayordomo de esta finca; y le prevengo, que estando el señor ausente, á nadie tienen que contentar todos esos estúpidos de criados más que á mí, á mí solo!

MARTINA ¿Se olvida usted de la señorita Emilia?

DIMAS ¡Ah! ya no me acordaba de esa huérfana de padre y madre desconocidos. No sé por qué la difunta marquesa la hizo salir del convento.

MARTINA Sin duda fué para que la cuidara durante su penosa y larga enfermedad.

DIMAS ¿Y estando yo aquí...? Vamos, manía de señora.

MARTINA Pues ya hace seis meses que la marquesa murió, y sin embargo la señorita Emilia permanece todavía en la hacienda.

DIMAS Cierto.

MARTINA Tal vez la habrá dejado para...

DIMAS Aquí hay intríngulis, señora Martina; entre el conde y ella hay...

MARTINA ¿Qué?

DIMAS ¡Ña, ña...! Eso se queda para mí.

ESCENA II

DICHOS: EMILIA, que habrá salido del pabellón algunos momentos antes de terminar la anterior escena y se coloca entre MARTINA y DIMAS al acabar el diálogo.

EMILIA D. Dimas.

DIMAS *(Con mucha humildad).* ¡Señorita! *(Ap.)* ¿Si me habrá estado oyendo?

EMILIA El Sr. Conde no puede tardar en llegar á la hacienda.

DIMAS No es posible, señorita; nada se me ha prevenido.

EMILIA Su ayuda de cámara...

DIMAS ¡Buena pieza!

EMILIA Llegó esta mañana y se ha llevado todos los caballos que había en las cuadras.

DIMAS ¿Y también al potro Lucifer?

EMILIA También.

DIMAS Mucho me temo, señorita, que Lucifer haga una de las suyas. Es un animal muy hermoso, pero con muy malas intenciones.

EMILIA ¡Dios mío, si el conde tendrá la imprudencia..!

DIMAS ¿De montar á Lucifer? ¡cá! La conoce sus mañas... Mas al haber sacado de la cuadra todos los caballos, es de suponer que el señor conde venga acompañado de algunos amigos.

EMILIA Así lo creo; por lo tanto mande usted que preparen viandas y que alisten algunas habitaciones.

DIMAS ¡Señora Martina, diga á los demás criados que vayan hacia mi cuarto para recibir mis órdenes!

MARTINA Está bien. *(Váse por la puerta izquierda).*

ESCENA III

EMILIA, DIMAS: LUIS por la puerta del foro.

LUIS *(Desde la puerta.)* ¿Qué es esto? ¿No hay nadie?

EMILIA *(Aparte, sorprendida.)* ¡Oh!

LUIS ¡A ninguno de mis sirvientes he logrado ver todavía!

DIMAS *(Con exajerada humillación.)* ¡Estoy á las órdenes del Sr. Conde!

LUIS No es aquí donde debía encontrarte, ¡gran bribón!

DIMAS *(Idem.)* ¡Señor Conde...!

LUIS ¡Anda, y que preparen la comida!

DIMAS *(Con extremada humillación.)* ¿Tiene su excelencia alguna otra orden que darme? *(Se queda inclinado en muestra de respeto.)*

EMILIA Si usted quiere, yo..

LUIS Nó, Emilia; usted está llamada á mandar y no á servir. *(Reparando en Dimas.)* ¿Aún estás aquí, majadero?

DIMAS ¡Señor!

LUIS ¡Véte!

DIMAS *(Dirigiéndose hacia la puerta izquierda y di-*

ciendo aparte.) ¡Ya no me toca mandar, sino obedecer! *(Váse.)*

ESCENA IV

EMILIA y LUIS

LUIS Emilia...

EMILIA Luís...

LUIS Yo creí que la ausencia curaría mi pasión; pero me he convencido de que al corazón no se manda.

EMILIA ¿Qué dice usted?

LUIS Que he sufrido y sufro mucho; pero en estos momentos soy el hombre más feliz de la tierra, porque estoy viendo que su virtud no lucha solamente contra mí, sino también contra usted misma.

EMILIA ¡Ah!

LUIS La emoción que siente en estos momentos la denuncia, la vende; se encuentra usted turbada, y esto, Emilia, ¿qué otra cosa es sino el amor que también siente por mí?

EMILIA ¿Yo....?

LUIS ¿No es verdad que me corresponde y que me ama también?

EMILIA D. Luís, antes de su partida de esta hacienda tenía un amparo; hoy me encuentro sola, y ya sea contra usted, ya sea contra mí misma, debo buscar una protección; iré á buscarla en el claustro de donde la bondad de la señora marquesa me hizo salir.

LUIS ¡Emilia!

EMILIA Si he permanecido aquí, ha sido por cumplir la última voluntad de mi bienhechora.

LUIS ¿Su última voluntad?

EMILIA Una noche, en que me hallaba velando á la cabe era de su cama, me hizo abrir un secreto donde había una carta destinada á usted.

LUIS ¿A mí?

EMILIA La marquesa me la confió, diciéndome: cuando ya no viva, se la entregarás á mi sobrino; y luégo con frases muy entrecortadas y lentas: "Prométeme, Emilia, no abandonar esta casa hasta ponerla en mano de mi sobrino y heredero."

LUIS ¿Y esa carta?

EMILIA Está allí, en mi cuarto: voy por ella. Después marcharé de nuevo al convento. *(Entra en el pabellón.)*

LUIS ¡Ah! ¡No te daré lugar á que ocultes en el claustro tanta hermosura; he jurado que serás mía, y mía has de ser!

ESCENA V.

DICHOS: FERNANDO, acompañado por dos ó tres caballeros: vienen precedidos por DIMAS. Todos los caballeros manifiestan animación y alegría.

DIMAS *(Desde la verja, esperando á que pasen los caballeros.)* Por aquí, señores, por aquí. Allí está el Sr. Conde.

LUIS *(Adelantando hacia los caballeros, al verlos llegar.)* Perdonen ustedes, amigos míos, que me haya adelantado: tenía que comunicar algunas órdenes á mi mayordomo... ¡Don Dimas!

DIMAS ¡Señor Conde...!

LUIS Estos señores me han dispensado el honor de acompañarme; nuestra permanencia aquí será de pocos momentos: procure usted que no falte nada, y en tanto que nos sirven la comida, tráiganos unas cuantas botellas de los mejores vinos que haya en la bodega.

DIMAS Serán cumplidas fiel, puntual y eficazmente las órdenes del Sr. Conde. *(Hace un saludo muy significativo y desaparece por la puerta izquierda.)*

LUIS ¿Y nuestro sabio doctor?

FERN. Le ví correr hasta perderlo de vista.

LUIS Querría llegar antes que yo: apostamos á

quién llegaría primero, y creo que ha perdido.

FERN. Así parece.

LUIS Es la primera apuesta que gano de las muchas que vengo sosteniendo con él.

FERN. En efecto, usted dijo, los marinos son, por lo regular, malos ginetes, y por lo tanto...

(Dimas sale seguido de dos criados que traen algunas botellas y copas; á una indicación de Dimas los criados dejan las botellas sobre los veladores que están debajo de los árboles y se marchan.)

LUIS Natural desquite que me proporciona la mudable fortuna. Ayer, por un azar de juego, su hermano era dueño de una parte de mi patrimonio; hoy, por una simple apuesta, mi potro Lucifer me proporciona la revancha.

FERN. Cierto.

DIMAS Ese señor ha montado á Lucifer... comprendo entonces que no haya llegado.

FERN. *(Emoción en todos los caballeros).* ¿Qué quiere usted decir?

DIMAS Que no llegará muy sano á la hacienda; cuando menos, le hemos de ver entrar por esa puerta con un par de costillas rotas.

FERN. ¡Conde...!

LUIS ¡Quiá...! ¡Lucifer es receloso, pero...

DIMAS Y se ha vuelto de tan mala intención, que no hay ya ginete que quiera montarlo.

LUIS D. Dimas exajera.

FERN. ¡Oh, no; esa tardanza! *(Con acento amenazador.)* ¡Sr. Conde...!

LUIS ¡D. Fernando...!

CARLOS *(Entrando vivamente por el foro.)* ¡Vivo... y sano!

FERN. *(Corriendo hacia Carlos y abrazándole.)* ¡Carlos!

ESCENA VI

DICHOS y CARLOS

CARLOS ¡Por Dios, queridísimo, conde que ha tenido usted en mis conocimientos hípicos una con-

fianza que me honra! No es un caballo el que me ha hecho usted montar, sino un verdadero demonio. *(A todos.)* Cuando tomaron ustedes el galope me ví puesto involuntariamente en una carrera vertiginosa; en pocos instantes adelanté á todos y les perdí de vista. Incierto del rumbo que debía tomar, me dejé ir, mas cuando pude reconocer que no estaba en el verdadero camino, quise volver el caballo y comencé entonces una lucha en la que... lo confieso, toda la ventaja estaba de parte de... ¿cómo se llamaba mi hipógrifo, Sr. Conde?

LUIS Lucifer.

CARLOS ¡Ah, Lucifer, bonito nombre y muy adecuado á las nobles condiciones del animal; gran inteligencia debió tener el que con tanto acierto lo bautizó! Pues bien, señores, Lucifer, enfurecido por mi resistencia, redobló su carrera, estiró el cuello como para arrancar la brida de mis manos. Yo me esforzaba en sugetarle ó dirigirle, pero, ¡cah!, no sentía ni el freno, ni las espuelas, se revolvía furioso, y al verme arrastrado por tal huracán, me sentí preso de una exaltación febril: un vértigo se había apoderado de mi espíritu; y aunque parecía que estábamos inmóviles Lucifer y yo, devorábamos la distancia: el espacio desaparecía huyendo bajo los piés del caballo, no había barrera que no franqueáramos; los árboles, hasta las casas, corrían y desaparecían ante la vista con la velocidad del relámpago. ¡Hurra! gritaba en mi delirio! Porque hubo momentos en que me creí ser el héroe de una leyenda fantástica. De pronto ví aparecer á lo lejos y frente á mí, la alta cerca de un parque que parecía volar también hacia nosotros: un instante más y nos estrellábamos contra ella! Recobré entonces la calma, comprendí que iba á morir, pensé en tí, hermano mío... *(Con sarcasmo.)* Y un poquito pensé también en usted, Sr. Conde.

LUIS Gracias.

CARLOS No las merezco, excelente amigo. Por fin, señores, me hallaba decidido á dar el último adiós á la vida. cuando me acuerdo de mi rewólver, lo saco rápidamente, pongo el cañón sobre la oreja del caballo, hago fuego y Lucifer se detiene, cae y rueda conmigo: me había salvado, Lucifer estaba muerto. *(Emoción en todos.)*

LUIS ¡Muerto!

CARLOS Sí. ¿Verdad que ha sido lástima matar tan hermoso animal? ¡Oh, Lucifer era magnífico, y valdría cuando menos...! ¿Cuánto valdría, caballero?

LUIS *(Incómodo.)* ¡No lo sé!

CARLOS ¡Ah, yo lo apreciaré, porque no es justo que usted pague el capricho que he tenido de quererlo matar. Lo tasaremos, si á usted le parece, en veinte mil reales, que con los diez mil de nuestra apuesta, hace un total de mil quinientos duros que voy á entregar á usted en este mismo momento. *(Sacando una cartera.)*

LUIS Luégo, más tarde.

CARLOS *(Guardándose la cartera.)* Sea.

FERN. *(A Luís.)* Más tarde seré yo el encargado de arreglar otra cuenta con usted.

LUIS *(A Fernando.)* La arreglaremos.

DIMAS *(Echando vino en las copas.)* El Sr. Conde está servido.

CARLOS *(Tomando el brazo de su hermano.)* A la mesa, señores, vamos á la mesa. *(Los caballeros se van sentando.)*

FERN. *(A Carlos.)* Has estado á punto de perder la vida. Buena te la ha jugado el conde.

CARLOS *(A Fernando.)* Ya tomaré la revancha *(se sienta.) (Alto.)* Señores: propongo un brindis á la memoria del pobre Lucifer, tan lastimosamente inmolado. *(Todos ríen.)* ¡Por Lucifer!

TODOS ¡Por Lucifer! *(Beben.)*

DIMAS *(Aparte.)* ¡Cualquiera que los oiga creerá que brindan por el demonio!

CARLOS *(Reconociendo á Dimas que se ocupa en volver*

á llenar las copas. Los caballeros beben.) ¡Hola, veterano! ¡Buenas tardes!

DIMAS Estoy á las órdenes, al mandato y al servicio del Sr. Doctor.

CARLOS Gracias. ¿Y la señorita Emilia, está bien?

DIMAS Muy bien, señor doctor.

LUIS *(A Carlos.)* ¿Conoce usted á Emilia?

CARLOS Sí, estuve dos días en esta hacienda el invierno anterior. Fuí llamado por un amigo y compañero que asistía á la marquesa.

DIMAS Cierto.

CARLOS Era necesario practicar una operación que, si no salvaba del todo á la enferma, podía, al menos, prolongar su vida, y sabiendo mi compañero que yo estaba accidentalmente en el pueblo inmediato, me hizo el honor de encargarme de aquella operación que tuvo el resultado apetecido.

LUIS ¿Cómo, siendo usted tan rico, se ha dedicado á una profesión tan poco agradable?

CARLOS ¡Eso le llama la atención! *(Bebe otra copa.)* He querido dedicar mi vida á alguna cosa de provecho, porque no he pensado jamás que el ser rico me obligue á no hacer nada bueno y útil á la humanidad. Mi padre me había dejado una gran fortuna, adquirida honradamente en el comercio; á mi mayor edad tomé posesión de ella, y mi madre, libre y joven todavía, contrajo segundas nupcias con el barón de Belán, que á cambio de cuantiosos bienes le dió su nombre y su título. Ví, por lo tanto, con dolor, á mi madre dejar nuestro modesto nombre, y de ahí tal vez mi resolución de viajar mucho. Durante mis largas ausencias, Fernando, fruto de aquella segunda unión, crecía, y cuando mi madre me rogó que amase á ese niño porque iba á quedar huérfano, le juré que sería para él un buen padre y creo haber cumplido mi promesa. *(Estrechando la mano de Fernando.)*

FERN. Sí, hermano mío, en tanto que aliente, mi vida entera será para tí.

LUIS — Hasta hay quien cree que la causa de permanecer el doctor soltero, es el cariño que tiene á su hermano Fernando.

CARLOS — Tal vez.

LUIS — Pues si ha renunciado usted al matrimonio, no por eso ha hecho abstracción de los amores novelescos. Recuerdo cierta aventura en que fué usted el héroe...

TODOS — Que la cuente... que la cuente...

CARLOS — En dos palabras. A causa de un temporal, una joven sentada sobre el puente de la fragata que nos conducía á América, fué arrebatada por una ola. Hice, entonces, lo que todos ustedes hubiera hecho, me arrojé al mar y tuve la fortuna de salvarla. No veo que haya en esto nada de maravilloso.

LUIS — Lo que no dice usted es que todavía está loco de amor par aquella que salvó.

CARLOS — He guardado largo tiempo su recuerdo, es cierto... pero esa gran pasión ha desaparecido completamente por otra joven....

LUIS — A la que permanecerá usted fiel como un Amadis.

CARLOS — ¡Ja, ja! ¿Lo cree usted así? ¿Quiere usted hacer una nueva apuesta?

LUIS — Cuidado, doctor, que la suerte empieza á serle contraria.

CARLOS — Deseo ver hasta dónde llega la fatalidad. ¿Quiere usted decirme el nombre de una de sus amantes? Vamos, la última; esa debe amarle más.

LUIS — ¡Doctor...!

CARLOS — ¡Ja, ja! ¡Vaya, apuesto los treinta mil reales que le debo á que antes de veinticuatro horas la hago mía. (*Todos los caballeros ríen.*) Vamos, D. Luís... dígame el nombre de la bella... ¡Hola! ¿No quiere decírmelo? Es igual, yo lo averiguaré.

LUIS — Pues sea, mi buen doctor, sea, puesto que tanto se empeña; mas para eso es preciso apresurarnos á volver á la capital, porque perdería usted si permaneciéramos aquí,

(*Emilia aparece y baja lentamente la escalera del pabellón.*)

CARLOS (*Viendo á Emilia y diciendo con intención.*) ¿Para qué? sin moverme de estos lugares tengo completa seguridad de ganarle.

LUIS (*Viendo también á Emilia.*) ¡Emilia!

FERN. (*A Carlos.*) ¿Quieres vengarte por este medio del lance de Lucifer?

CARLOS Sí.

FERN. Bien hecho. (*Aparte.*) Yo también probaré al Conde que impunemente no se juega con la vida de mi hermano.

ESCENA VII

DICHOS y EMILIA

(Durante las últimas frases de la anterior escena, Emilia habrá bajado las escaleras y después de saludar á todos los convidados se dirije á Luís.)

EMILIA Luís, esta es la carta que me confió para usted la señora marquesa. (*Dándosela.*) (*Dirijiéndose á Carlos.*) ¡Doctor!

CARLOS ¡Señorita!

LUIS (*Guardándose la carta.*) (*A Emilia.*) Emilia, ¿conoce usted á ese caballero?

EMILIA Sí; le trajo á esta hacienda el médico de la señora marquesa.

LUIS ¿Y ha vuelto á verle alguna vez después de la muerte de mi tía?

EMILIA ¿Para qué?

LUIS (*Aparte.*) Tiene razón: Carlos es un fatuo. Sin embargo, bueno es evitar... (*Alto.*) Señores, ya saben ustedes que esta hacienda no me pertenece y que el nuevo dueño se puso en camino hacia ella casi al mismo tiempo que nosotros; por lo tanto, debemos evitar que la noche, que está muy cercana, nos sorprenda aquí. Voy á recoger algunos papeles de interés en mi gabinete y marcharémos enseguida.

FERN. (*A Luís.*) ¡Si me permite usted acompañarle...!

LUIS (*A Fernando.*) Tengo mucho placer en ello, caballero. (*Alto.*) Doctor ¿quiere usted dar una vueltecita por el jardín?

CARLOS Nó; tengo que hablar á esta señorita.

EMILIA ¿A mí?

CARLOS Espero que haga usted el obsequio de escucharme algunos momentos.

LUIS (*A Carlos.*) ¡Caballero, esto es ya demasiado!

CARLOS (*A Luís.*) Sabe usted que no puedo disponer más que de veinticuatro horas, y viniendo de camino los nuevos dueños de esta finca, no tengo mucho tiempo que perder.

LUIS (*A Carlos.*) Bien está. (*A los convidados.*) Vamos, señores. (*Vanse los convidados por la puerta izquierda.*)

ESCENA VIII

CARLOS y EMILIA

CARLOS Señorita, ¿conque no me ha olvidado usted por completo?

EMILIA Quería á la señora marquesa y debo estar reconocida á los cuidados que usted le prodigó.

CARLOS Si me hè tomado la libertad de detenerla, es porque tengo que hacerle una restitución.

EMILIA ¡No comprendo...!

CARLOS Sí; bien involuntariamente soy dueño del secreto de una mujer. Usted recordará, Emilia, que, durante mi estancia en esta hacienda, se me instaló en ese pabellón que de diario habitaba usted, y creo que habita aún...

EMILIA Sí.

CARLOS Usted recordará que me lo cedió porque comunicaba por medio de ese pasadizo con las habitaciones interiores, y serme, así, más fácil velar constantemente á la señora marquesa. Cuando marché de aquí, mi criado recogió con precipitación del cuarto que yo había ocupado, todos los objetos que creía de mi pertenencia, y algunos días después en-

contré, en el fondo de mi maleta, entre mis papeles, una carta abierta y de letra desconocida; leí las primeras líneas solamente; aquella carta era del conde.

EMILIA ¡Dios mío!

CARLOS Hubiera debido quemarla, pero soy felíz, muy felíz con poseer ese secreto. ¡Tiene usted que perdonarme tanto!

EMILIA ¿Yo?

CARLOS Sí. ¿Sabe usted, señorita, lo que piensan el conde y sus amigos en este asunto?

EMILIA ¿Qué?

CARLOS Que me he quedado á solas con usted para hablarle de amor.

EMILIA ¡De amor!

CARLOS Es bien extraño ¿no es cierto? pues hace un instante, en este mismo sitio, en un momento de despecho... nó, nó, exceso de locura... he apostado... he apostado... que sería el amante de la mujer amada por el conde.

EMILIA ¡Oh! no haría usted ante él esa odiosa apuesta.

CARLOS Con él la he hecho y sostenido: sabía que el conde amaba á usted y he querido de ese modo averiguar si era correspondido.

EMILIA ¡Ah!

CARLOS He guardado de usted un dulce recuerdo. La idea de tener al conde por rival me era odiosa: no tenía más que un deseo, y era arrebatarla á ese rival. ¡Oh! perdóneme usted; hé aquí mi locura, que me reprendo. Los locos son más dignos de compasión que de castigo.

EMILIA Basta, doctor, basta.

CARLOS Emilia...

EMILIA El conde y usted se habrán dicho: esa es una pobre joven sin parientes, sin apoyo, que, por amor, ó por temor á la miseria, debe terminar un día por... ¡Ah! ¡Dios mio..! ¡Dios mio!

CARLOS Emilia... Emilia...

EMILIA Si el conde supone ó sabe que le he amado, debe suponer y saber también que por su amor nunca hubiera sacrificado mi honra; y,

sin embargo, hace con usted esa vergonzosa apuesta. ¡Ah!, doctor, es usted un insensato y el conde un infame. *(Cae sollozando sobre el banco de piedra.)*

CARLOS (*Con emoción y aparte.*) ¡Ah! ¡Esas lágrimas! ¿Serán de indignación, ó de desprecio?

ESCENA IX

DICHOS: FERNANDO

FERN. (*Saliendo vivamente por la puerta izquierda.*) Te buscaba.

EMILIA (*Aparte.*) El conde... ¡Ah! (*Levantándose.*) Sí, no me queda otro recurso. (*Dirigiéndose hacia el foro.*)

CARLOS (*Adelantando hacia ella.*) Emilia, ¿volveré á verla?

EMILIA ¿Para qué?

CARLOS Para obtener mi perdón.

EMILIA No se vaya usted de la hacienda esta noche. (*Váse, foro.*)

CARLOS (*Aparte, viéndola marchar.*) Vamos, las lágrimas no han sido más que de despecho. ¡Sr. Conde, esta apuesta la gano también!

ESCENA X

CARLOS y FERNANDO

FERN. Carlos, tengo necesidad de tí.

CARLOS Habla.

FERN. Mañana al romper el día me bato.

CARLOS Tú, batirte... vamos, alguna niñada.

FERN. Nó, Carlos, no es niñada: me bato á muerte.

CARLOS ¡Demonio! ¿y con quién?

FERN. Con el conde.

CARLOS ¡Ah! ya recuerdo el momento en que ví brillar la cólera en tu mirada al relato de la insulsa chanza de Lucifer; aquello no fué más que una broma.

FERN. Que podía haberte costado la vida.

CARLOS No siempre es mortal la caída de un caballo. Estoy seguro de que lo único á que aspiraba el conde era á ponerme en ridículo. Vaya, vaya, ese lance es serio. Yo lo arreglaré.

FERN. He ofendido al conde y no he de darle escusas.

CARLOS ¡Oh! nó; eso de ningún modo. *(Aparte.)* Demonio, el conde es diestro y me lo va á matar. *(Alto.)* En fin, Fernando, deja ese asunto á mi cuidado. Pero hace falta que busques otro testigo.

FERN. He pensado en Enrique.

CARLOS Bien, vé á buscarle.

FERN. Al momento. *(Váse izquierda.)*

ESCENA XI

CARLOS: á poco LUIS

CARLOS Es preciso impedir á toda costa este duelo, pero ¡cómo...! ¡Ah! provocando al conde... *(Viendo venir á Luís leyendo una carta por la puerta del foro.)* ¡Oh! ahí viene; el cielo me le envía.

LUIS *(Guardando la carta.)* No hay duda, consiente en partir. *(Reparando en Carlos.)* ¡Hola, doctor! ¡Ja, ja! le encuentro á usted en el mismo sitio que le dejé. ¡Ja, ja!

CARLOS Me agrada mucho esta parte de la hacienda.

LUIS ¡Ja, ja!

CARLOS Muy alegre viene el Sr. Conde.

LUIS Sí, al ver lo contraria que se le va volviendo la fortuna. ¡Ja, ja! Va usted á perder su segunda apuesta.

CARLOS ¿Sí?

LUIS Tengo la seguridad de ello.

CARLOS Bien; puesto que tiene usted tanta seguridad, yo me ofrezco á doblar, á triplicar la suma apostada.

LUIS — Cuando con tanta insistencia la sostiene...

CARLOS — Es porque creo, en estos momentos, que nuestras suertes son iguales.

LUIS — Doctor, no sea usted ne...

CARLOS — ¡Ah! No termine usted la frase, si es que venía encaminada á injuriarme, porque sentiría...

LUIS — ¿Otro duelo? *(Con intención.)* ¿Ha visto usted á su hermano?

CARLOS — Nó. *(Aparte.)* Ha conocido mi intención.

LUIS — *(Tomando el brazo de Carlos y paseando.)* Vamos, doctor, hablemos de nuestra apuesta.

CARLOS — Sí, hablemos de Emilia. Ya le he dicho que la amo.

LUIS — ¿Ya?

CARLOS — Sí, y se lo dije con tal convicción, de tal manera... que me ha concedido una cita.

LUIS — *(Abandonando el brazo de Carlos.)* ¿Una cita?

CARLOS — Sí; creo que debo decirle lealmente la verdad.

LUIS — Una cita... ¿y para cuándo?

CARLOS — Para mañana.

LUIS — ¿Para mañana...? ¡Ja, ja, es delicioso!

CARLOS — Veo con satisfacción que toma usted este asunto como un filósofo.

LUIS — Pues no lo he de tomar, si estoy comprendiendo que Emilia se está burlando de usted.

CARLOS — Quizás.

LUIS — Le da á usted una cita para mañana y parte conmigo esta noche.

CARLOS — ¿Esta noche?

LUIS — *(Dándole una carta.)* Sí, vea usted la prueba; lea, lea usted ese papel que acaba de entregarme mi mayordomo; todavía está fresca la tinta.

CARLOS — *(Leyendo.)* "Conde, no marche usted hasta mañana; cuando esté bien entrada la noche le espero en mi aposento."

LUIS — *(Señalando con el dedo la firma.)* Emilia.

CARLOS — *(Devolviendo la carta, que Luis guarda.)* Vamos, amigo mio, esa joven es una solemne coqueta. ¡Ja, ja!

LUIS ¡Coqueta!

CARLOS ¿Quiere usted, conde, que le diga francamente mi opinión?

LUIS Sí.

CARLOS Pues la cita que Emilia le concede esta noche es para quitarle toda esperanza. Estará indignadísima, sabiendo que ha puesto usted al juego su honra y su persona.

LUIS ¿Y quién le ha dicho...?

CARLOS Yo.

LUIS ¿Usted?

CARLOS No había prometido callar, y el decirle á Emilia lo que es cierto, convenía, y mucho, á mi plan de ataque.

LUIS De modo, que Emilia, que tan altiva es... sabe...

CARLOS Todo.

LUIS Lo que usted ha hecho es indigno de un caballero.

LUIS ¡Insolente!

CARLOS Vaya, hasta ahora no me he convencido de que tengo que dar á usted una buena estocada.

LUIS Mejor será un balazo.

CARLOS Sea. ¿Y dónde ha de tener lugar esa broma?

LUIS Cerca, en el jardín.

CARLOS Bien; por lo que veo no quiere usted separarse mucho de ese pabellón.

LUIS Doctor, no nos detengamos.

CARLOS Al momento. *(Aparte.)* Hermano mio, por fin conseguí que no te matara el conde.

LUIS Vamos.

CARLOS Sí, vamos. *(Se dirigen ambos hacia el foro y al llegar á la puerta se encuentran con Emilia que viene entrando.)*

LUIS *(Aparte.)* ¡Ah! ¡Emilia!

CARLOS *(Aparte.)* ¡Ella!

LUIS *(A Emilia.)* ¿Estará usted luégo en su habitación?

EMILIA *(A Luís.)* Estaré.

CARLOS *(A Emilia.)* ¿Dónde debo ver á usted mañana?

EMILIA (*A Carlos, indicándole el pabellón.*) Allí.
LUIS Que espero á usted, caballero.
CARLOS Vamos. (*Vánse foro.*)

ESCENA XII

EMILIA.—Empieza á oscurecer.

No puedo soportar tamaño ultraje, imposible; bien sabe Dios que no lo merezco. ¡Ah! ¡Luís! me ha matado usted con su infame apuesta; le creía algo libertino, pero nunca pude figurarme que fuera tan criminal y malvado. Y yo que tanto le amaba, yo que cifraba en él la felicidad de mi vida... ¡Oh! perdóname, Dios mío, perdóname: si así lo haces, no echaré de menos la vida. (*Sacando un pequeño frasquito de cristal que trae envuelto en un papel.*) Por fin pude encontrar, en el cuarto de la difunta marquesa, el frasco que tan cuidadosamente guardé con la última medicina que el doctor Carlos le dejó recetada, antes de marcharse de la hacienda. (*Mirando y reconociendo el frasco.*) Este es. Aún me acuerdo perfectamente de la manera de usarla. (*Recordando.*) Para calmar los dolores de la enferma bastará media docena de gotas en un cuartillo de agua; esto le producirá el sueño, el entorpecimiento y hasta la insensibilidad absoluta: pero otras seis gotas más en la misma dosis pueden ocasionarle la asfixia y la muerte. (*Declamando.*) Doce; con doce gotas de la sustancia que contiene este frasco se consigue morir. (*Mirando con interés el líquido que contiene el frasco.*) ¡Ah! ¿Tendrá el frasquito las doce gotas..., creo que sí. (*Entra en el pabellón, cerrando la puerta: se sienta junto al velador y coloca el frasquito al lado del vaso. Queda un momento pensativa; se levanta y se postra en oración ante la imagen de la Virgen. Dimas y Martina entran en escena por la puerta de la verja.*)

ESCENA XIII

EMILIA dentro del pabellón. DIMAS saliendo por la puerta de la verja, seguido de MARTINA.—(Sigue obscureciendo.)

DIMAS *(Andando á grandes pasos.)* ¡Uf!

MARTINA Pero, D. Dimas, ¿por qué anda usted como atolondrado?

DIMAS ¡Uf!!

MARTINA ¿Qué tiene usted?

DIMAS Tengo... tengo, que estoy indignado, humillado, desesperado.

MARTINA ¡Válgate Dios!

DIMAS *(Parándose de repente junto á Martina.)* ¡Señora Martina, hemos sido vendidos.

MARTINA ¿Vendidos?

DIMAS Sí, señora, vendidos como si fuéramos negros. ¡Al demonio se le ocurre lo que se le ha ocurrido á ese condenado conde!

MARTINA ¿Qué ha hecho?

DIMAS ¡Uf! *(Paseándose.)*

MARTINA Acabe usted.

DIMAS *(Deteniéndose.)* Pues se le ha ocurrido nada menos que vender esta magnifica posesión; sí, señora, sépalo usted de una vez; há vendido la hacienda con todo lo que contiene, muebles, bestias, incluso á usted y á mí; porque yo también he sido vendido como otro mueble cualquiera, como un perro ó un mulo tuerto ó cojo de esos que tiran de la noria.

MARTINA ¡Jesús, qué cosas se ven en el día!

DIMAS Sí, señora; se ven cosas que parece mentira. Y lo que me ha cargado más en este asunto es que me han metido en el contrato de venta sin contar para nada con mi voluntad y sin decirme palabra. Vamos, esto es capaz... ¡Uf!! *(Se pasea.)*

MARTINA Cálmese usted, Sr. D. Dimas, cálmese usted.

DIMAS ¡Qué me he de calmar, señora! ¡Y, después de todo, á quién ha ido á venderme!

MARTINA ¿A quién?

DIMAS (*Deteniéndose.*) A un aldeano, á un campurrio, que lo primero que tuvo á bien preguntarme fué por las cuadras; cuando llegamos á ellas me dieron intenciones de amarrarlo fuertemente á uno de los pesebres.

MARTINA ¡Jesús, D. Dimas, qué cosas dice usted!

DIMAS Señora Martina, es muy bruto y muy cerril el nuevo amo. ¡Y pensar que tengo que servirle! El mismo, á pesar de los criados que trae, está amarrando todos los caballos que le han servido para el viaje. Y no trae más que criados machos; los criados hembras me dijo que llegarían mañana; pero qué mal encarados son todos; bonita dependencia me toca manejar.

MARTINA ¡Válgate Dios!

DIMAS Eso sí, trae una hija muy linda y elegante, pero muy medrosa.

MARTINA ¿Medrosa?

DIMAS Le he estado haciendo los honores pertenecientes á una señorita rica; le he enseñado todas las grandes habitaciones y de todas le daba miedo: eso se comprende, no las habrá visto nunca como ellas. Hasta que al fin me dijo que no se atrevía á pasar sola ni una noche; entonces yo me brindé á acompañarla, y de muy mal talante me dió las gracias y me dijo que nó; pero qué nó tan grosero. En fin, le hablé de la existencia de este pabellón para pasar esta noche y no le desagradó. Ya he dado las órdenes oportunas á Antonio y á Roque para que la guíen á él por el pasadizo. Yo voy á avisar á la señorita Emilia y contarle lo que ocurre, y usted, en tanto, prepárele una cama en la sala grande de los retratos y que duerma interinamente en ella, hasta mañana que me den órdenes y sepa á qué atenerme.

MARTINA Está bién. (*Váse, puerta izquierda.*)

DIMAS (*Sentándose sobre el banco de piedra con algún trabajo.*) ¡Canario, que no puedo ya tirar de mis piernas; he bregado mucho en poco tiempo. (*Emilia, que se habrá levantado*

y sentado de nuevo al lado del velador, toma el frasquito y se dispone á verter el líquido que contiene dentro del vaso momentos antes que Dimas llegue á la puerta.)

EMILIA (*Contando las gotas que van cayendo del frasquito.*) Una... dos... tres... cuatro... cinco... (*Continúa vertiendo gotas.*)

DIMAS (*Levantándose y dirigiéndose hacia el pabellón.*) Avisaré á la señorita Emilia antes que éntre más la noche.

EMILIA Nueve... diez... ¡Oh! no caen más, y ésta no será cantidad suficiente para morir... (*En este instante Dimas da un pequeño golpecito en la puerta del pabellón. Emilia deja de verter las gotas.*) ¿Han llamado...? Nó; es la voz de mi conciencia. (*Se dispone á verter nuevas gotas. Dimas da otro golpe más fuerte. Emilia abandona el frasquito.*) ¡Ah! Llaman real y positivamente. ¿Será el conde? (*Toma el vaso con prontitud.*) ¡Le quiero tanto....! ¡Fuera debilidad! (*Empieza á beber; al llegar á consumir la mitad del líquido que contiene el vaso, suena otro golpe más fuerte en la puerta, acompañando las palabras que pronuncia Dimas.*)

DIMAS Señorita Emilia, soy yo.

EMILIA ¡Ah! Es el mayordomo. (*Deja el vaso sobre el velador y se dirige á la puerta; mas al llegar á ella se detiene, diciendo:*) ¡Nó! no he bebido más que la mitad y quiero beberlo todo; quiero la muerte, sí, la muerte. (*Se dirige de nuevo al velador, toma el vaso, mas al oir la voz de Dimas, se detiene.*)

DIMAS (*Alto.*) Señorita Emilia.

EMILIA (*Deteniendo la acción.*) ¡Oh!

DIMAS (*Aparte.*) No es posible que se haya acostado... ahora está obscureciendo. (*Alto.*) Señorita, soy yo, D. Dimas, el mayordomo de la hacienda. Tengo que comunicar á usted noticias.

EMILIA (*Luchando, sin saber qué hacer.*) ¡Ah!

DIMAS (*Aparte.*) ¿Se habrá puesto mala? (*Alto.*) Señorita Emilia, ¿está usted enferma?

EMILIA (*Abandonando el vaso y poniéndose de pie con prontitud.*) ¡Enferma! Sí. ¿Qué es lo que siento? ¡Ah! ¡Voy á morir! ¡Qué horror! Nó, quiero vivir, quiero vivir. (*Alto, y dirijiéndose á la puerta.*) ¡D. Dimas!

DIMAS Vamos, ya contesta.

EMILIA ¡D. Dimas!

DIMAS Aquí estoy, abra usted. (*Emilia abre y aparece con los ojos desencajados y la ropa en desorden.*)

EMILIA ¡D. Dimas!

DIMAS Señorita... ¿Está usted mala?

EMILIA ¡Nó...! ¡Sí! ¡Ay, Dios...! No es nada.

DIMAS Vaya, déme usted la mano y la ayudaré. (*La lleva hacia el banco de piedra: Emilia se deja llevar maquinalmente, aunque con algún trabajo.*) Por aquí, por aquí; esta noche no puede usted pasarla en su cuarto: ya he mandado á Martina que le prepare una buena y cómoda cama en el salón grande de los retratos. ¿Se le ocurre mandarme algo?

EMILIA (*Sentándose sobre el banco de piedra.*) Nó...

DIMAS Yo no tengo la culpa de esa traslación. Vaya, me marcho; debo acudir á otro lado en que estoy haciendo falta. Hasta mañana... que usted descanse. (*Dirijiéndose hacia el foro.*) Qué aire más extraño tiene esta noche la señorita Emilia; no le habrá gustado mucho el cambio de domicilio. (*Al llegar á la puerta de la verja, ve que se ilumina la puerta alta del foro que dá al pasadizo, y se detiene.*) ¡Ah! ya vienen allí. (*Se ve salir por la puerta alta á Luisa, seguida de dos criados con farolillos encendidos.*)

ESCENA XIV

DICHOS: LUISA y dos criados.—(Es de noche.)

EMILIA (*Aparte.*) Todo se me anda al rededor. ¡Qué fatigas tan terribles siento!

DIMAS (*Alto, al ver salir á Luisa y los criados.*) Siga usted, siga usted, señorita; siga usted todo derecho y despacito, muy despacio. Alumbra bien, Antonio, y tú, Roque, pasa delante y alumbra también. (*Los criados obedecen las órdenes de Dimas.*) Así.

EMILIA ¡Qué ruído, qué voces confusas son esas que llegan á mis oidos mezcladas con los truenos de una tormenta lejana...! ¡Oh! La sangre se agolpa á mi cabeza y mis sienes quieren estallar... ¡Ay! (*Sujetándose con ambas manos la cabeza.*)

DIMAS Cuidado, mucho cuidado con el verdín que cubre el pasadizo, que resbala; como está siempre á la intemperie... Así, así, despacito: cuidado ahora al dar la vuelta, que hay tres escalones. (*Muy alto.*) Roque, alumbra bien y no seas ganso, que va á caerse la señorita.

EMILIA (*Intentando levantarse.*) No puedo levantarme... ¡Ay! se me va la cabeza.

DIMAS Ya llegaron. (*Entra en el pabellón; al mismo tiempo entran también en él por la puerta del pasadizo Luisa y los criados.*)

EMILIA Me parece estar escuchando el ruído de muchas campanas, pero allá muy lejos.

DIMAS (*A Luisa.*) ¿Se le ofrece algo, señorita?

LUISA Encienda usted esa vela.

DIMAS Está bien. Arrima ese farol, Antonio. (*Enciende la vela de la palmatoria en uno de los farolillos de los criados.*) Ya está. ¿Tiene la señorita que mandarme alguna otra cosa?

LUISA Que me deje usted sola.

DIMAS Está muy bien. Al punto será usted obedecida. Andad, muchachos, vámonos por el pasadizo. Buenas noches, señorita.

LUISA Buenas noches. (*Se sienta al velador.*)

DIMAS En esa habitación interior tiene usted un lecho muy cómodo en que descansar.

LUISA Está bien.

DIMAS (*Volviéndose y encontrándose con uno de los criados.*) Anda tú delante, zopenco, y alumbra bien... levanta ese farol. (*Dimas y los*

criados salen del pabellón por su parte interior; se les ve cruzar por el pasadizo. Al llegar á la puerta alta del foro suena un fuerte disparo como de escopeta.)

EMILIA El conde... él seguirá viviendo, y yo voy á morir envenenada y loca... *(Haciendo esfuerzos para levantarse.)* Tengo miedo... Quiero vivir, sí, quiero vivir. *(Suena el disparo. Al oirlo se incorpora, da algunos pasos vacilantes hacia el pabellón y cae. Luisa se levanta asustada. Dimas y los criados se detienen asombrados también.)*

LUISA *(Levantándose al oir el disparo.)* ¡Jesús!

EMILIA ¡Ah! *(Incorporándose y apoyándose en los árboles.)*

DIMAS ¡Qué barbaridad! ha sido un cañonazo. Vamos, no hay por qué asustarse; adelante, muchachos, será algún cazador que ha vaciado su escopeta. *(Desaparecen por la puerta alta del foro.)*

LUISA *(Sentándose de nuevo al velador.)* Qué susto he llevado. *(Tomando el vaso.)* Afortunadamente este vaso contiene una poca de agua. La beberé. *(Bebe.)*

EMILIA *(Separándose del árbol en que ha estado apoyada.)* Quiero vivir, quiero vivir... *(Da algunos pasos inciertos hacia el pabellón.)*

LUISA ¡Jesús! ¿Qué agua he bebido?

EMILIA *(Alto.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

LUISA *(Al oir á Emilia.)* ¿Qué voces son esas? *(Se levanta asustada.)* Tengo miedo...

EMILIA *(Aparte.)* Ya es tarde... *(Alto.)* ¡Socorro! ¡Ah! *(Cae.)*

LUISA ¡Jesús!! *(Apaga la luz de la palmatoria y desaparece por la puerta interior del pabellón.)*

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujosamente amueblado: puertas laterales, otra al foro.

ESCENA PRIMERA

DIMAS: á poco MARTINA

DIMAS (*Sentado á la mesa y escribiendo.*) Diecisiete y ocho, veinticinco, y cinco, treinta.

MARTINA (*Saliendo por la puerta del foro.*) Buenos días, señor don Dimas.

DIMAS ¡Hola! ¿Qué se trae por aquí?

MARTINA Vengo buscando á la señorita Emilia para anunciarle que el señor conde de Campo-cerrado, nuestro antiguo amo, acaba de llegar y desea verla.

DIMAS ¿Y qué trae por aquí ese tunante, al cabo de cuatro meses?

MARTINA ¡Cuatro meses!

DIMAS Justos y cabales, á contar desde el dia en que nuestro nuevo amo tomó posesión de esta hacienda. Y ahora que le nombro, deseo preguntar á usted si está contenta á su servicio.

MARTINA Yo, sí. ¿Y usted?

DIMAS ¡Quite usted allá; ser yo criado de un hombre á quien todo el mundo llama tío, es decir, tío á secas; ni siquiera tiene don!

MARTINA ¿Y eso qué importa para que sea un buen sujeto?

DIMAS ¡Cá, se despega todo cuanto manda; bien es verdad, que para el caso que yo le hago! Es un hombre que maldito el respeto que infunde.

MARTINA Vamos, don Dimas, me parece que el cerebro de usted no está muy sano. Voy á buscar á la señorita Emilia. *(Váse, foro.)*

ESCENA II

DIMAS: á poco LUISA y EMILIA

DIMAS ¡Demonio de conde! ¿Qué le traerá por aquí? De seguro, nada bueno. Voy á concluir de acentuar mis gastos. *(Vuelve á sentarse á la mesa.)* Tomaré algunas precauciones, porque el tosco del aldeano hace días que mira con mucha detención los números que le hago: él no sabe darse á respetar, pero respeta, y bien, su bolsillo; sabe disminuir diariamente los precios, pero yo también me cuido de subírselos en aquellos artículos cuyo valor no conoce. *(Escribiendo.)* Diecisiete y ocho, veinticinco, y cinco, treinta. *(Luisa y Emilia salen por la puerta derecha.)*

LUISA D. Dimas, ¿ha venido mi padre?

DIMAS *(Sin dejar de escribir y con tono distraído.)* Nó, señorita.

LUISA ¿No ha visto usted llegar á la hacienda al señor barón de Berlán?

DIMAS Diecisiete y ocho, veinticinco, y cinco...

EMILIA *(Con voz breve é imperiosa.)* ¡D. Dimas...! ¡D. Dimas! ¡¡D. Demonio!!

DIMAS *(Levantándose vivamente.)* ¡Señorita!

EMILIA ¿Olvida usted el respeto que debe á su señora?

DIMAS ¡Yó...!

EMILIA La señorita Luisa le ha preguntado si ha visto usted llegar á la hacienda al señor barón de Berlán.

DIMAS ¿Al señor don Fernando? no he tenido el gusto de verle hoy todavía.

EMILIA Está bien; salga usted al momento.

DIMAS Al punto desalojaré esta habitación. *(Aparte y tomando los papeles.)* Lástima que la señorita Emilia no sea la rica, porque sabe muy bien mandar á los criados. *(Váse, foro.)*

ESCENA III

LUISA y EMILIA

LUISA ¡Pobre viejo! Me da lástima.

EMILIA Anda, que es un marrullero. Y bien, Luisa...

LUISA Te decía que hoy viene Fernando á pedirme en matrimonio á mi padre.

EMILIA ¿Y tú le amas?

LUISA Nó.

EMILIA Pues no te comprendo. ¿Cómo aceptas por marido á un hombre á quien no quieres? Vamos, esperarás quererle algún día.

LUISA Sí, estoy segura de ello.

EMILIA ¿Y en qué fundas esa certeza?

LUISA En la amistad tan viva que me ha inspirado, en la simpatía tan grande que he sentido por él desde que lo conocí. Me parece que le conocía antes de haberle visto. Hay en su voz sonidos que vibran en mis oídos de una manera tan extraña, que me hacen conmover como si fuesen el eco de alguna otra voz oída en mis sueños. En fin, puede que algún día le ame con delirio.

EMILIA Temo que te equivoques, Luísa.

LUISA ¿Por qué?

EMILIA Porque creo que quieres á otro.

LUISA Yo... ¿á quién?

EMILIA El corazón tiene misterios profundos; hay ciertas impresiones que conserva aun cuando aparentemente se hayan borrado de nuestro espíritu. Una de esas impresiones es, á veces, producida por un desconocido que la casualidad nos hace encontrar: no se le vuel-

ve á ver más, se le cree olvidado, y mil circunstancias nos le recuerdan sin explicarnos la razón. Pues bien, Luísa, ese hombre no es aquel que se ama, es, sí, al que se hubiera amado.

LUISA (*Turbada.*) ¿De suerte que tú piensas...?

EMILIA Pienso, Luísa, que has encontrado un día á alguno cuya voz y mirada semejan mucho á la mirada y la voz de Fernando.

LUISA ¡Ah!

EMILIA Y que es á ese á quien tú amas en él.

LUISA Es extraño lo que me dices, es como una revelación de lo que pasa en mí misma. Sí, recuerdo un joven á quien no he visto más que una sola vez, una sola; tienes razón. Yo no me había dado nunca cuenta de esa semejanza, y tú me la recuerdas hoy. El joven de quien te hablo me ha salvado la vida.

EMIILA ¿Cuándo?

LUISA Escucha. Nos embarcamos mi padre y yo para ir á buscar á su hermano que estaba moribundo. Apenas llevábamos algunas horas de travesía, cuando se levantó una tempestad horrible. Mi padre acababa de ser arrojado violentamente contra uno de los palos del barco; tenía en la cabeza una profunda herida, y yo me hallaba á su lado, esforzándome en restañar la sangre que manaba de ella. De pronto una ola furiosa viene á barrer el puente, rueda como una bola y me arrastra desvanecida en un inmenso remolino de agua. Mi padre intenta lanzarse tras de mí, y lo detienen; se resiste, llora, grita, suplica, quiere morir conmigo. ¡Me ama tanto mi padre!

EMILIA Sigue.

LUISA Por último, ofrece á los marineros un millón, dos, qué se yo, toda su fortuna á aquél que solamente se arriesgara salvarme... Nadie osaba arrostrar una muerte segura.

EMILIA ¡Nadie!

LUISA Así, al menos, lo creía mi padre; pero, en tanto que se entregaba á la desesperación,

el vigía lanzó este grito: ¡Un hombre á la mar! ¡Era un salvador que el cielo me embiaba! Algunos instantes después me encontraba sobre el puente; volví en mi conocimiento, entreabrí los ojos y estaba en los brazos de mi padre.

EMILIA Y ese salvador...

LUISA Abordamos la tarde misma y no le he vuelto á ver jamás.

ESCENA IV

DICHAS: EL TIO PACO, por la puerta del foro.

TIO PACO (*Dentro, y con acento tosco andaluz.*) Están aquí, bueno; voy á reunirme con ellas.

LUISA ¡Ah! es mi padre.

TIO PAOO (*Entrando.*) Buenos días, muchachas.

EMILIA Muy buenos, tío Paco.

LUISA Buenos días, padre.

TIO PACO ¿Cómo te encuentras hoy, hijita.

LUISA Muy bien.

TIO PACO Pues estás pálida. ¿Has tenido esta noche desmayos, vértigos, como dice el doctor?

LUISA Nada he tenido, nada.

EMILIA Todo eso es nervioso.

TIO PACO ¡Ah, sí! los nervios es una nueva enfermedad, que han imaginado los médicos cuando no conocen el padecimiento que sufren los enfermos.

LUISA Cómo sudas, papá. ¿A dónde has ido?

TIO PACO No me riñas, muchacha; he ido á la carrera hasta el olivar del rincón; quería saber en qué estado se encontraban los olivos.

EMILIA (*Sonriendo.*) La cosecha será buena ¿eh? ¿Tendremos aceitunas este año, tío Paco?

TIO PACO Diré á usted, para un año que hay aceitunas... hay aceitunas; mas para un año que no hay aceitunas, no hay aceitunas.

EMILIA (*Riendo.*) Comprendido.

TIO PACO (*Arrojándose sobre una elegante butaca que cuida de limpiar y sacudirla antes de sentarse.*) ¡Uf, qué cansado estoy!

LUISA Pero, papá; ¿por qué no te vas á vestir?

TIO PACO ¿A vestirme? Chica, creo que no estoy del todo desnudo.

LUISA Mira, mira qué feo y derrotado está ya ese chaquetón.

TIO PACO ¡Bah! para mí está bueno: pero tú que hablas ¡bonito es el traje que hoy llevas puesto! ¿Qué vestidillo es ese de tres al cuarto? Anda, anda, colócate otro, que yo quiero que estés muy emperegilada. Entonces ¿de qué me sirve ser rico? Quiero que te pongas trajes de terciopelo á todas las horas del día y de la noche, collares de gordas perlas, zapatos de tafilete y pendientes de oro con muchos diamantes.

LUISA Bien.

TIO PACO Ahora, si quieres darme un abrazo, te lo agradeceré.

LUISA ¿Un abrazo? uno y mil he de darle al mejor de los padres. (*Abrazándolo.*)

TIO PACO Aprieta, más fuerte, así. (*Aparte.*) Ea, ya estoy pagado de todos los trabajos de la mañana. (*Alto.*) Me tienes á tus órdenes.

LUISA Pues te mando que al momento cambies de ropa y no olvides que tenemos invitados á comer.

TIO PACO ¡Ah! ¿Tenemos también hoy gente á la mesa? Corriente; pues en ese caso les daré mi mejor vino, mi mejor comida, mi mejores frutas, les daré todo lo mejor que tenga, ¿no es eso?

LUISA Sí; mas tú no puedes presentarte ante los convidados con esa facha; es preciso que te pongas la levita.

TIO PACO ¡Ya! Sin duda crees que tus convidados vienen á comer á mi mesa por mi levita; ¡qué tonta eres! No son ellos tan necios; vienen á comer á dos carrillos, y...

EMILIA Tío Paco...

LUISA Papaíto...

TIO PACO Nó, y vienen también por verte, hija mía, que eres muy bonita, y después vienen por ver si pescan tu dote, ¡tu dote! que es de un calibre regular.

LUISA Papá, cállate, que estás hoy muy tonto.

TIO PACO No me regañes, muchacha, que voy ahora mismo á ponerme el levitón.

LUISA Eso, papá mío, eso. (*Toca á un timbre.*)

TIO PACO ¿Para qué llamas?

LUISA Para que venga tu ayuda de cámara y te vista.

TIO PACO Para que me vista, ¡canario...! ¿pues no tengo yo bastante edad para vestirme solo? ¡Jún, jún! si me dejar guiar por mi genio, verías á todos esos zánganos de criados que tanto se regalan, convertidos en famosos labradores... y trabajarían como yo desde la mañana á la noche.

EMILIA ¿Y por qué, siendo tan rico, se impone usted tan rudos trabajos?

TIO PACO Porque toda mi vida no he hecho otra cosa que trabajar, y aunque mi difunto y pobre hermano me dejó por heredero de diez millones, ni aún por eso dejaré de trabajar diariamente mientras pueda.

ESCENA V

DICHOS: DIMAS, por la puerta del foro.

DIMAS (*Entrando.*) ¿Ha llamado el señor?

TIO PACO ¡Anda, con qué canción me viene éste!

DIMAS Digo que si el señor me ha llamado.

LUISA Sí; ocúpese usted en el arregle de mi padre.

DIMAS Está bien, señorita.

LUISA Vamos, Emilia. Hasta luégo.

TIO PACO Anda con Dios, hija mía.

EMILIA Hasta después.

TIO PACO Hasta luégo. (*Vánse las dos por la puerta derecha.*)

ESCENA VI

TIO PACO: DIMAS

DIMAS ¿Qué se pondrá el señor hoy?

TIO PACO ¿Qué dice éste zángano?

DIMAS Me hago el honor de preguntarle al señor, qué es lo que el señor se piensa poner hoy.

TIO PACO El señor te pondrá de patitas en la calle como sigas con esa letanía.

DIMAS No creía haber merecido que el señor me tratara de ésa manera

TIO PACO Me tratara, me tratara; cualquiera que te estuviese oyendo creería que yo... (*Se pasea con precipitación.*)

DIMAS (*Corriendo á su lado.*) ¡Señor, señor, señor!

TIO PACO ¿Qué quieres ahora?

DIMAS El señor anda con esos zapatones, y...

TIO PACO Pues ¿con qué quieres que ande?

DIMAS El señor no comprende que va á destrozar mi alfombra.

TIO PACO ¿Tu alfombra...? Me gusta. ¿Desde cuándo es ésta tu alfombra? (*Se sienta en una butaca.*)

DIMAS (*Queriéndolo levantar.*) El señor va á echar á perder...

TIO PACO Tu butaca también, ¿no es eso?

DIMAS Señor, como soy yo el que tiene que limpiar los muebles, y con esos gordos zapatones y ese sucio vestido del trabajo lo está el señor enlodando todo...

TIO PACO Habrá bestia. ¿Cómo habrías tú de limpiar los muebles si yo no los ensuciara?

DIMAS En fin, haga el señor lo que mejor le plazca; para eso el señor es el amo.

TIO PACO Sí que lo soy. (*Aparte.*) Ahora voy á pescar á este tuno. (*Alto.*) Vaya, dame tu cuenta.

DIMAS ¿Mi cuenta?

TIO PACO Sí, tu cuenta, ¿no me comprendes?

DIMAS Sí, señor; pero se llama, en buen castellano, una lista de gastos. (*Dándole unos papeles.*) Tómela usted.

TIO PACO (*Leyendo.*) Un par de guantes de... ga...

ga... muza. gamuza. ¿Qué viene á ser esto de gamuza?

DIMAS Guantes de gamuza, señor.

TIO PACO ¿Te he dicho por ventura que compres esos guantes para mi?

DIMAS No son para el señor, son para mí.

TIO PACO ¿Para tí?

DIMAS Sí, señor; me sirven para ir con la señorita cuando sale en carruaje.

TIO PACO ¡Ah! si es para acompañar á mi hija... *(Lee.)* ¡Un par de gu...an...tes de al...go...dón! ¡Pero, hombre...!

DIMAS Son para mí, señor.

TIO PACO ¡Ah!

DIMAS Los compro de esa clase para economizar los guantes de gamuza.

TIO PACO ¡Ya! *(Leyendo.)* Un par de botas de montar. Pero, don Dimas, señor don Dimas, si yo no hago uso de ellas.

DIMAS No son para el señor.

TIO PACO ¡Ah! ¡ya! ¿Son también para tí?

DIMAS Sí, señor.

TIO PACO Y no has empleado en ellas más que cuatrocientos reales... Eres tan económico como todo eso.

DIMAS Señor.

TIO PACO Diga usted, don Dimas: el Dimas que murió á la derecha de Jesu-Cristo ¿le tocaba á usted algo antes que lo apellidaran santo?

DIMAS Nó, señor.

TIO PACO Pues entonces, el parentesco le viene á usted por el que murió á la izquierda; ¿cómo se llamaba ese caballero?

DIMAS Jestas.

TIO PACO Jeta; pues esa es la que yo le voy á tomar á usted como siga haciendo cuentas de esta clase.

DIMAS Señor, esos insultos y ese lenguaje no son los más adecuados á un señor de su categoría. Si yo compro botas de montar, y de esa clase superior, es porque la señorita exije que esté bien vestido... mas si el señor me prohibe esos gastos, los suprimiré...

TIO PACO ¿El qué te prohibo yo? ¿qué es lo que tratas de suprimir...? ¿Por ventura te atreverías á desobedecer á mi hija? Emplearás todo el dinero que necesites y quieras, siempre que recaiga en servicio de mi hija; de lo contrario te pondré de patitas en la calle.

DIMAS Muy bien, señor.

ESCENA VII

DICHOS: EMILIA, por la puerta derecha.

EMILIA ¿Está usted ocupado, tío Paco?

TIO PACO Nó, señora.

EMILIA Tenía que hablar con usted de un asunto reservado.

TIO PACO Corriente. *(A Dimas.)* Ea, véte tú.

DIMAS *(Aparte.)* ¡Véte tú! Vaya un modo de mandar. *(Alto.)* ¿El señor me ordena dejarle?

TIO PACO Sí, te ordeno que te vayas, y ahora mismo.

DIMAS Obedezco; le dejo. *(Váse lentamente por la puerta del foro.)*

TIO PACO ¡Le dejo! Qué tono usa siempre el condenado vejete. Ea, señorita, ya puede usted empezar, y le advierto que no me ande con rodeos para decirme lo que hace algún tiempo vengo sospechando.

EMILIA ¿Qué sospecha usted, tío Paco?

TIO PACO Que viene usted para hablarme del casamiento de mi hija.

EMILIA Es muy cierto. Luisa tiene algún temor en decírselo, y me ha comisionado para que lo ponga en su conocimiento.

TIO PACO ¿Conque tiene temor á decírmelo y no tiene temor á casarse? Corriente.

EMILIA Hace un buen casamiento.

TIO PACO Si usted tuviera hijos, señorita, comprendería que no hay buenos casamientos para un padre, y que al hablarme ahora de eso, me

está haciendo la misma gracia que si me arrancara usted todos los dientes de un porrazo.

EMILIA Pero, tío Paco, sin duda cree usted que su hija va á dejar de existir.

TIO PACO Para mí, casi; pues desde luégo su marido empezará por alejarla de mi lado, y el cariño que hasta aquí me ha tenido mi Luisa, lo compartirá con su nuevo esposo.

EMILIA Esos excesos de ternura le convierten en estos momentos en un mal padre.

TIO PACO ¡Zambomba! ¿Yo, mal padre?

EMILIA Sí; cuando quiere usted su sola felicidad y no la de su hija.

TIO PACO ¿La felicidad de mi hija? ¿Pues qué, mi Luisa no es feliz teniéndome á su lado?

EMILIA Sí, señor, es feliz, muy feliz; pero el día en que usted falte, en que desgraciadamente muera, ¿qué apoyo encontrará su hija en la tierra?

TIO PACO Eso es verdad.

EMILIA Tendrá, para entonces, un esposo y unos hijos, y gozará en mirarlos tanto como usted goza ahora viéndola á ella.

TIO PACO También eso es verdad. Soy un egoista, un... pero ¡caramba! no puedo resignarme á no verla... ¿Y cuál es el nombre del que pretende ser su marido?

EMILIA Fernando de Berlán.

TIO PACO Me lo figuré. ¿Y cuándo podré yo hablar á ese joven.

EMILIA Dentro de poco; quizás ya habrá llegado á la hacienda.

TIO PACO Corriente: voy á ponerme otra ropa para recibirle. *(Dirigiéndose hacia la puerta izquierda.)* ¡Si yo lograra que al casarse se quedara á vivir conmigo! Lo intentaré. *(Váse.)*

EMILIA *(Viéndolo marchar.)* ¡Pobre hombre! ¡Cuánto quiere á su hija! Dios haga que Luísa sea feliz. *(Se dirije hacia la puerta derecha y se detiene al oir la voz de Luís que viene por la puerta del foro.)*

ESCENA VIII

EMILIA: LUIS

LUIS — *(Por la puerta del foro.)* ¡Emilia!

EMILIA — ¡Ah! ¡El conde aquí!

LUIS — He buscado á usted por toda la hacienda, hasta que he tenido la suerte de encontrarla. Emilia, creo que el paso que doy en este momento, acercándome á usted, la ha sorprendido.

EMILIA — En efecto.

LUIS — Usted sabe que disipé en muy corto tiempo la fortuna que me había legado mi tía la marquesa.

EMILIA — Sí, señor.

LUIS — Pero lo que usted ignora es que á medida que mi ruína se consumaba en medio de esas fiestas y esos placeres sin nombre, sentía en mi corazón nacer y acrecentarse el remordimiento, y pensaba en usted, Emilia.

EMILIA — Si viene usted hoy á pedirme perdón y olvido, tiempo hace que le he perdonado, señor conde.

LUIS — ¡Oh! no es eso, Emilia, no he concluído aún. Si he vuelto á su lado es porque la fortuna me ha sonreido de nuevo. Avergonzado de mi anterior conducta, me he trazado para el porvenir una vida pacífica, honrada, y he querido que ningún triste recuerdo, que ningún remordimiento venga á turbarla ni obscurecerla; por esto vengo á decirle: Emilia, yo he sido culpable para con usted de una acción baja y criminal. *(Bajando los ojos.)*

EMILIA — *(Aparte.)* ¡Ah! se refiere sin duda á aquella odiosa apuesta.

LUIS — Cometí una falta, y esa falta necesita una reparación. He vuelto á ser rico y quiero que esta riqueza, esta fortuna sea también para usted.

EMILIA — ¿Para mí?

LUIS Sí, acéptela usted, Emilia, unida con mi nombre.

EMILIA ¡Ah!

LUIS Y le juro que volveré á ser honrado y sin tacha, desde el día en que habiéndome usted perdonado, pueda llamarla mi esposa.

EMILIA *(Con disimulada alegría.)* ¿Yo, esposa de usted..?

LUIS Sí, mi esposa, porque á más de la reparación que le debo... la amo, sí, la amo y necesito el perdón de mi crimen. ¡Ah! de rodillas se lo suplico *(Acción.)* Acepte usted mi nombre y mi fortuna.

EMILIA Señor conde... yo .. *(Viendo salir al tío Paco por la puerta izquierda.)* ¡Ah, el tío Paco!

ESCENA IX

DICHOS: EL TIO PACO, elegantemente vestido, aunque algo ridículo.

TIO PACO ¡Hola! ¿Qué es lo que veo? ¡Valiente par de tórtolos! Sr. Conde, ¿tanto le duele á usted el espinazo que necesita agacharse?

LUIS No lo extrañe usted, tío Paco, es que daba gracias á la señorita Emilia por el honor que me dispensa otorgándome su mano.

TIO PACO ¡Ajá, otro casamiento! corriente; pues celebraremos la boda de la señorita Emilia al mismo tiempo que la de mi Luisa

LUIS ¿Se casa también su hija? ¿Con quién?

TIO PACO Con otro hombre tan buen mozo como usted. Con el señor don Fernando de Berlán.

LUIS ¡Ah! Es todo un caballero. Reciba usted mi enhorabuena.

TIO PACO Vaya, pues ya que se empeñan ustedes en hacerme creer que Luísa hace un buen casamiento, id á buscarla y decidle de mi parte que soy gustoso en su unión con el señor don Fernando, y que me he puesto los trapitos de cristianar para hacerle á su llegada los honores que corresponde.

LUIS Está muy bien... Emilia...

EMILIA Vamos por este lado. *(Segunda puerta derecha.)* Luisa me está esperando en el jardín. *(Váse.)*

ESCENA X

EL TIO PACO; á poco CARLOS y FERNANDO, por la puerta del foro.

TIO PACO ¿Será el señor don Fernando tan honrado como dicen? ¿Querrá de veras á mi Luísa, ó querrá sólo su dote? ¡Oh! pues si viene á pegármela, está fresco; yo lo exploraré, y si comprendo que no ama á mi hija, siquiera la mitad que yo, entonces... ¡oh! entonces, pese á quien pese, no se casará con ella. Paco, mucho ojo, mucha destreza para leer en el estómago de ese joven, que muy bien podrá ser uno de esos caballeretes de industria que á cambio de adquirir una fortuna, siembran el llanto y el luto en toda una familia. *(Carlos y Fernando aparecen en la puerta del foro.)*

FERN. Mira Carlos, aquí está el padre. *(Entran.)*

TIO PACO *(Aparte.)* Ya está ahí el enemigo. *(Toma una postura forzada.)* ¡Adelante!

FERN. Tengo el gusto de presentarle á mi hermano Carlos de Montalbán.

TIO PACO *(Aparte.)* ¡Ah! Yo he visto á este hombre en otra parte. *(Alto.)* Sea usted muy bien venido.

CARLOS ¡Caballero...!

TIO PACO *(Aparte.)* Por lo que veo son ya dos los enemigos. ¡Ojo, Paco, mucho ojo! *(Alto.)* Vamos, siéntense ustedes *(Acción)* y no vayan á tomar á mal cualquier tontería que salga de mi boca, porque, aunque soy rico, muy rico, no por eso dejo de ser un aldeano muy tosco, y muy paleto.

CARLOS ¡Sr. D. Francisco...!

TIO PACO *(Mirando por todos lados.)* ¿Qué don Fran-

cisco es ese? ¿Con quién habla usted, caballero?

CARLOS Con usted.

TIO PACO ¿Conmigo? Mire usted, don Carlos, cuando yo no tenía un cuarto y necesitaba trabajar catorce horas diarias para medio alimentar á mi familia, me llamaba todo el mundo el tío Paco, y hoy que tengo más de diez millones, quiero que todo bicho viviente me llame también el tío Paco.

CARLOS Mucho me place, tío Paco...

TIO PACO Así.

CARLOS Con ese modo de pensar, yo estoy seguro de que si su padre hubiera podido costearle algunos estudios, sería usted tan grande hombre como lo es ahora en el cultivo de sus tierras.

TIO PACO *(Aparte.)* ¿Se estará burlando de mí? Probemos. *(Alto.)* ¿Conque, por lo visto, ha visitado usted parte de la hacienda?

CARLOS Sí, señor.

TIO PACO ¿Y la encuentra usted en estado muy productivo?

CARLOS Sí, señor; he visto también los instrumentos de labor, y he comprendido que tiene usted el buen gusto de no seguir la rutina...

TIO PACO Que los demás labradores ¿no es eso?

CARLOS Eso es.

TIO PACO Conque, según tengo entendido, no es sólo de agricultura de lo que tenemos que hablar, ¿no es cierto?

CARLOS Sí, señor.

TIO PACO Se me anunció hace poco que vendría usted á hablarme de un casamiento.

CARLOS En efecto.

TIO PACO *(A Fernando.)* ¿Y qué le parece á usted la muchacha?

FERN. La amo.

TIO PACO Hombre, eso ya lo sé. *(A Carlos.)* Vamos, y á usted ¿qué le parece la novia, caballero?

CARLOS No he tenido el gusto de verla todavía.

TIO PACO ¡Buena está! Viene usted acompañando á su hermano para ayudarle á hablar del casa-

miento, visita usted casi toda la hacienda y luégo se viene á esta hora sin haber visto á la muchacha.

CARLOS Al entrar aquí creimos encontrarla.

TIO PACO Y se han encontrado ustedes conmigo, que es casi igual; más vale así. Conque, al grano, aprovechemos el tiempo y hablemos de lo que á todos nos interesa.

CARLOS (*A Fernando.*) No sé cómo calificar á este hombre.

FERN. (*A Carlos.*) Es tosco, pero honrado.

TIO PACO Conque, antes que entremos en materia, deseo saber lo que hará usted con un suegro como yo; pues, como no soy más que un aldeano, la verdad, no me agradaría mucho que el esposo de mi hija se avergonzara de mí.

CARLOS Si mi hermano comprendiera que, después de casado, pudiese llegar un día en que se avergonzara de llamarle y reconocerle á usted por el padre de su esposa, no estaría ahora en este sitio pidiendo pertenecer á su familia.

TIO PACO (*Aparte.*) ¡Anda! no es mal bofetón el que me ha pegado. (*Alto.*) En fin, lo que yo quiero es que no me tomen ustedes como gato en saco. Estoy mal educado, lo conozco, y algunas veces me pongo colérico, furioso y falto, según dice mi hija, á la práctica y costumbres de la buena sociedad.

CARLOS A su edad son disculpables esos arrebatos.

TIO PACO ¿Sí, eh? (*Aparte.*) Este sigue dándome jabón. (*Alto.*) ¿Conque usted quiere á la muchacha, según parece?

FERN. Sí, señor.

TIO PACO ¿De suerte, que la hará usted feliz?

FERN. Muy feliz.

CARLOS Como que toda la dicha de su vida consiste en ese matrimonio.

FERN. Cierto, sí señor; muy cierto.

TIO PACO Bien, hombre, bien; deje hablar á su hermano, que lo hace mejor que usted. Vaya siga usted hablando.

CARLOS ¿Qué más quiere que diga? Él la ama y ella

le corresponde; usted da su consentimiento...

TIO PACO Y usted, como hermano mayor, da el suyo, y por consiguiente, ya no falta que hablemos más que de la dote, ¿no es eso?

CARLOS Si usted lo desea, hablarémos: aunque para mí es lo más énojoso.

TIO PACO Pues, aunque usted se enoje, es preciso que hablemos de ello.

CARLOS Sea. (*A Fernando.*) Me está pareciendo muy grosero.

FERN. (*A Carlos.*) No tal, Carlos, ya verás.

TIO PACO (*Aparte.*) En cuanto hablé de los cuartos hasta se hablan en secreto. (*Alto.*) Pues, señores, tengo entendido que el novio es así, así de rico, y que su fortuna será poco más ó menos de... ¿De cuánto, caballero? (*A Fernando.*)

FERN. De un millón.

TIO PACO Bien. ¡Yo creí que fuera menos! Pues yo doy á mi hija Luisa en dote... dos millones, que con el de usted forman tres; creo que podrán ustedes pasar la vida con algún desahogo.

CARLOS (*Levantándose.*) Nó, señor, esa cantidad no es bastante.

TIO PACO (*Levantándose también.*) ¡Canarios! (*Aparte.*) Ya dejó éste de darme jabón. (*Alto.*) Amiguito, me parece usted algo abaricioso.

CARLOS No me ha entendido usted.

TIO PACO Pues no será porque deje usted de hablar bien claro.

CARLOS Digo, que si su señora hija tiene dos millones de dote, mi hermano por su parte llevará tres.

FERN. ¡Tres!

TIO PACO ¡Ah! ¡ah!

CARLOS ¿Me ha comprendido ustedahora?

TIO PACO Sí, señor. (*Aparte.*) ¡Este bofetón ha sido mayor que el otro!

FERN. Tres millones... Esto no puede ser. Tio Paco, yo no tengo esa cantidad.

CARLOS Pero la tiene tu hermano para tí.

TIO PACO (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Soberbio! Este mozo me gusta.

FERN. ¡Oh, no lo admito! no lo puedo admitir, no quiero ser causa de tu ruína.

TIO PACO Y tiene razón el chico; no hay necesidad de ese dinero. Qué diablo, yo no pido más que lo que buenamente posee el muchacho.

CARLOS (*Con orgullo.*) Pero quiere usted dar á su hija doble de lo que mi hermano tiene.

TIO PACO Bien, ¿y qué?

CARLOS Que yo no lo permito.

TIO PACO (*Con enojo.*) Que usted no lo permite; ¿con qué derecho? de manera que si á mí se me antojara entregar á mi Luisa, cuatro, ocho ó diez millones, toda mi fortuna, ¿me lo iba usted á impedir?

CARLOS Sí, señor.

TIO PACO ¿De qué manera?

CARLOS Haciendo que mi hermano rehuse el casamiento.

TIO PACO ¡Ah! (*Aparte.*) ¡Otro bofetón!

CARLOS Y no consentiré que se lleve á efecto, en tanto que Fernando no admita esa cantidad.

TIO PACO Tiene usted razón, señor don Carlos, he sido un orgulloso; le suplico que me perdone.

FERN. ¡Ah, tío Paco! Voy á dar á su hija la prueba más grande de mi amor. Carlos, acepto tu generosa oferta.

TIO PACO ¡Ah!

CARLOS Así; ¡abrázame, hermano mío! (*Se abrazan.*)

TIO PACO (*Secándose una lágrima.*) (*Aparte.*) ¡Buenos, muy buenos; pues no me han enternecido! Estos muchachos aseguran la felicidad de mi hija. (*Alto, y algo conmovido.*) Señores, les pido mil perdones; desconfiaba de ustedes y me avergüenzo ahora que los conozco; estoy llorando, llorando como un chiquillo. ¡Ah! (*Llorando.*) (*Carlos y Fernando corren hacia él, y colocándolo en el centro, lo estrechan en sus brazos.*)

CARLOS ¡Tío Paco ..!

FERN. ¡Señor...!

TIO PACO ¡Quisiera tener otra hija, caballero!

CARLOS ¿Para qué?
TIO PACO Para casarla con usted.
CARLOS ¡Sí...!
TIO PACO *(Separándose de los brazos de Carlos y Fernando y con tono jovial.)* Ea, ya pasó la poquilla de congoja que había sentido: vamos á buscar á mi Luísa, que estará en el jardín con una linda señorita muy amiga suya.
CARLOS Sí; mas no muy de prisa, tío Paco; me he llevado unos tres meses navegando, y mis piernas están ya cansadas de andar toda la mañana.
TIO PACO ¿Conque es usted marino?
CARLOS Casi.
TIO PACO Casi marino. (*Aparte.*) Lo dicho; yo he visto á este hombre antes de ahora; ¿pero dónde...? No recuerdo. (*Alto.*) Ea, pues, señor don Fernando, vamos nosotros á buscarla (*A Carlos.*) y usted á esperar sentado.
CARLOS (*Sentándose.*) Como usted quiera.
TIO PACO Vamos, don Fernando.
FERN. Vamos. (*Vánse, foro.*)

ESCENA XI

CARLOS: á poco LUISA, por la puerta derecha.

CARLOS No me ha engañado Fernando al decirme que bajo la ruda corteza de ese campesino hay un corazón noble y generoso.
LUISA *(Saliendo por la puerta derecha, repara un momento en Carlos, que estará muellemente recostado en una butaca, con la cabeza vuelta un poco hacia el lado contrario al de la salida de Luísa.)* ¡Un desconocido! ¡Será alguno que desea hablar á mi padre (*Se dirije lentamente hacia el foro.*)
CARLOS (*Volviéndose y reparando en Luísa.*) ¡Una joven! (*Levantándose.*) Señorita...
LUISA (*Volviéndose.*) Caballero...
CARLOS ¡Gran Dios, ella!

LUISA ¡El, él aquí...!

CARLOS Si no me engaño, ¿es usted aquella..?

LUISA Que salvó usted de una muerte espantosa, sí, señor; yo soy la que le debe la vida.

CARLOS ¡Por fin la he hallado!

LUISA ¿Me buscaba usted, caballero?

CARLOS ¿Le parece extraño que le diga el ardiente deseo que tenía de volverla á ver? ¡Yo, que el día en que fuí feliz para salvarla, no tenía otro pensamiento, otro deseo que el de sustraerme á su reconocimiento! Emprendí un largo viaje, y, durante éste, su imagen venía frecuentemente á mi memoria. Creí que con el tiempo y lo largo del camino se borraría lo que á mi juicio era una pasajera ilusión. ¡Ah! ¡y cómo me engañaba!

LUISA ¿Que se engañaba usted?

CARLOS Sí, porque durante toda la travesía no he vivido más que de recuerdos, y el más dulce, el más encantador era aquel en que, luchando contra la tempestad, la tomaba á usted en mis brazos para salvarla.

LUISA Y usted no me permitió demostrarle mi reconocimiento por un sacrificio tan generoso. Fué usted hasta cruel caballero.

CARLOS ¡Ah! ¡he sido bien castigado!

LUISA ¿Por qué?

CARLOS Porque apenas me separé de usted, sentí que se desvanecía toda la resolución que había hecho de olvidarla.

LUISA ¿Y ahora es la casualidad la que le ha traído aquí?

CARLOS ¿No tiene una amiga que habita con usted?

LUISA Una amiga, sí.

CARLOS Pues vengo á pedirla en matrimonio para mi hermano.

LUISA ¡En matrimonio! ¿Cómo se llama usted, caballero?

CARLOS Carlos de Montalbán.

LUISA ¡Ah, respiro; qué susto he llevado!

CARLOS ¿Por qué?

LUISA Temí que Fernando de Berlán fuese su hermano.

CARLOS ¡Fernando! ¿Conoce usted á Fernando?

LUISA Sí, señor; trata de casarse conmigo.

CARLOS Casarse con usted. ¡Ah! es la hija del tío Paco.

ESCENA XII

DICHOS: EL TIO PACO y FERNANDO, por la puerta del foro.

TIO PACO Ya la encontramos. ¿Están ustedes de acuerdo? ¿Cuándo se hace el casamiento?

CARLOS Ya he hablado con ella. Le he dicho que todo está arreglado por su padre, por mi hermano, y por mí...

LUISA (*Aparte.*) ¡Ah! es su hermano.

CARLOS Que Fernando me fué confiado por nuestra madre moribunda; que su felicidad debe ser para mí el objeto más sagrado de mi existencia, y que para el cumplimiento de su dicha no dejaría de hacer los mayores sacrificios.

TIO PACO Bien, muy bien: y ella ¿qué ha contestado á todo eso?

CARLOS Que está conforme y pronta á casarse, cuando su padre y nosotros lo determinemos. (*Fernando y el tío Paco hablan entre sí.*)

LUISA Yo...

CARLOS (*A Luísa.*) Acceda usted, Luísa, yo se lo suplico.

LUISA ¿Usted me lo suplica, usted lo quiere?

CARLOS Sí.

TIO PACO ¿Conque eres gustosa en casarte con D. Fernando?

LUISA Sí, señor... (*Apoyándose en una butaca.*)

TIO PACO Yo también estoy contento.

FERN. (*Acercándose á Luísa.*) Luísa, consagraré mi vida entera á hacer tu felicidad. (*Tomándole una mano.*)

LUISA (*Temblorosa.*) ¡Sí... sí...! Yo también... ¡Ah! (*Cae desmayada sobre la butaca.*)

FERN. ¡Dios mío! ¡Luísa! (*Carlos se acerca á ella, y*

tomándole una mano, la obeerva. El tío Paco corre también hacia su hija.)

TIO PACO ¡Hija mía! ¡Otro nuevo desmayo! ¿Qué demonio tiene mi Luísa de unos días acá? A cada momento le sucede esto; sus facciones se van desfigurando, y le hace daño todo género de alimentos.

CARLOS (*Observándola.*) Sí, sí.

TIO PACO ¡Es una enfermedad tan rara! (*Mirándola.*) Nada, y no le pasa. (*Corre hacia la puerta lateral derecha llamando á los criados.*) ¡Don Dimas...! ¡Martina..! ¡Antonio..! ¡Dónde andan esos zopencos de criados! ¡Oh! nunca están donde hacen falta. (*Desaparece por la puerta derecha.*)

FERN. No le pasa, Carlos; tú que eres médico... púlsala.

CARLOS ¡Ah! sí. (*La pulsa y examina.*)

FERN. Está pálida, mortal.

CARLOS Sí, muy pálida; el pulso y la historia del padecimiento que nos ha hecho su padre... ¡Oh, nó! lo que observo es imposible.

FERN. ¿Está muy grave...? ¿No te atreves á decírmelo?

TIO PACO (*Saliendo con un frasquito de esencia.*) Vaya, aquí traigo este frasquito con esencia; que lo huela.

CARLOS Ya entreabre los ojos, ya vuelve en sí.

LUISA ¡Ah, padre mío! Perdonadme, he asustado á ustedes.

TIO PACO Ya lo creo.

LUISA No es nada, me siento mejor.

TIO PACO Sí, ya te vuelven los colores.

LUISA Aire, un poco de aire y me repondré enseguida.

TIO PACO Es verdad, el aire puro te ha curado otras veces.

CARLOS Cierto. (*Aparte.*) ¡Si me parece un sueño! (*A Fernando.*) Fernando, tengo que hacerte una revelación.

FERN. (*A Carlos.*) ¿Es de Luisa?

CARLOS (*A Fernando.*) Sí. Quizás sea imposible tu casamiento con ella.

FERN. ¡Imposible!

CARLOS ¡Silencio!

TIO PACO (*Ayudando á levantar á su hija.*) Vaya, amigos míos ¿cuál de los dos vá á dar el brazo á mi hija para acompañarla al jardín..? (*Viendo que no acude ninguno al llamamiento.*) Qué es eso, ¿vacilan ustedes en concederle esa prueba de galantería?

CARLOS ¡Oh!

FERN. ¡Nó! (*Corren ambos hacia ella, presentándole cada uno el brazo para que se apoye en él. Luisa elige el de Carlos.*)

TIO PACO (*Al ver á Fernando con el brazo presentado para que Luisa se apoye también en él.*) Don Fernando, ¿para qué dos? un solo apoyo es bastante; no es tan grave la enfermedad como para usar dos muletas; usted se queda aquí, acompañándome. (*Aparte á Fernando.*) Tenemos que hablar.

LUISA (*Dirigiéndose hacia la puerta del foro, apoyada en el brazo de Carlos.*) ¿Seré de otro...? y es usted quien me lo ordena...

CARLOS Sí... mas... (*Desaparecen.*)

ESCENA XIII

TIO PACO y FERNANDO

TIO PACO Yerno mío... ¿usted me permitirá que yo le llame yerno?

FERN. Sí... sí señor.

TIO PACO ¿Por qué se le ha puesto á usted ese aire tan triste?

FERN. No tengo nada.

TIO PACO Vaya, sea usted franco. Todo lo que no es cuestión del corazón, se arregla con el dinero; yo soy rico, más rico de lo que usted pueda figurarse. Vamos, descargue usted lo que sea en las alforjas de papá, que son bien grandes y en ella cabe lo poco y lo mucho.

FERN. Nada tengo de qué acusarme.

TIO PACO Bien, bien; me he equivocado; mas como quiero tanto á mi hija...

FERN. ¡Oh, yo también la quiero con toda mi alma!

TIO PACO Bueno, muy bueno, eso me agrada; pero es necesario que, además de querer mucho á mi Luísa, quiera usted también un poquito á su papá. Voy á quedarme tan solo; y luégo, como tengo la costumbre de abrazar á mi hija á cada momento... Vamos, que será preciso no abandonar del todo á este pobre viejo... Yo supongo que, después de casado, vendrá usted con su mujer algunas temporaditas para pasarlas á mi lado.

FERN. Sí.

TIO PACO Don Fernando, si viera usted qué hermosa es la primavera en el campo. En esa época del año se ve crecer la verde yerbecilla; las flores tienen entonces un aroma delicioso; las mariposas, cada una de su color y tamaño, vuelan constantemente encima de ellas; las hojas de los árboles, pequeñas aún, permiten ver á los alegres pajarillos y al ruiseñor, sobre todo, que tiene un cantar tan meloso, tan suave, tan... Diga usted, don Fernando, la primavera la pasará usted aquí, ¿no es cierto?

FERN. Sí.

TIO PACO ¡Ah! (*Con alegría.*) Verá usted, verá usted qué paraíso. (*Aparte.*) Ya he asegurado tres meses al lado de mi hija... si pudiera lograr otros tres... (*Alto.*) Pues, verá usted, don Fernando... Después de la primavera viene el verano ¡magnífica estación! En ese tiempo conviene levantarse muy tempranito. Supongo que usted y mi hija se levantarán...

FERN. Sí. (*Con distracción.*)

TIO PACO Y yo acompañaré á usted hasta el establo de las vacas y allí tomaremos unos cuantos vasos de leche calentita, muy calentita... ¡Oh! los pastos que comen mis vacas son excelentes, muy nutritivos y muy sanos. Después, dando un paseíto, nos vendremos hacia casa por medio de los trigos, que ya

irán estando florecientes, y verá usted que las espigas, que antes eran verdes, se van convirtiendo en doraditas, tan doraditas que... Supongo que el estío lo pasaremos también juntos.

FERN. Sí, señor.

TIO PACO (*Aparte.*) ¡Ah! ya tengo medio año al lado de mi hija; ya no debo pedirle más... Sin embargo .. (*Alto.*) ¿Usted no ha pasado nunca el otoño en el campo?

FERN. Nunca.

TIO PACO ¡Oh! pues por lo que hace al otoño, no tendré necesidad de suplicarle que se quede, porque de usted mismo ha de salir el quedarse. Los frutos, la vendimia, la... Vamos, que no hay bajo el sol cosa más maravillosa que el otoño en el campo; es la fiesta del cielo y de la tierra, es el buen Dios que dice al hombre: "has trabajado, has derramado copioso sudor para preparar tus tierras, hé ahí tu paga y tu...„ Cuento con que se quede usted el otoño, don Fernando.

FERN. Lo espero.

TIO PACO (*Aparte.*) ¡Ah! sí, se quedará, se quedará. Ya tengo nueve meses, nueve meses al lado de mi hija... Si yo pudiera pescarle ahora los tres que me faltan: es muy difícil, son los tres meses peores que tiene el año para pasarlos en el campo. (*Se queda un momento pensativo, rascándose la frente y las orejas; de pronto se levanta exclamando para sí.*) ¡Ah, sí! (*Se pone ambas manos tras las espaldas y colocándose al lado de Fernando, dice con cierto gracejo intencionado*) Don Fernando, ¿es usted algo cazador?

FERN. (*Levantándose al parecer incómodo*) No, señor.

TIO PACO (*Aparte.*) ¡Malo!

FERN. (*Aparte.*) ¿Qué puede oponerse á mi casamiento?

TIO PACO (*Aparte.*) También yo soy un majadero: ya es pedirle demasiado... pero dejar de ver y abrazar diariamente á mi hija, es imposible.

Ya lo tengo arreglado. (*Alto.*) D. Fernando, ¿dónde piensa usted pasar el invierno?

FERN. No lo sé.

TIO PACO Corriente, no hay por qué apurarse; donde vaya usted á pasar el invierno, allá lo pasaré yo también. (*Aparte.*) ¡Ay, y cuánto trabajo me ha costado el pasar todo el año al lado de mi hija. (*Alto.*) Pero ¿por qué está usted tan triste, don Fernando?

ESCENA XIV

DICHOS: CARLOS, precipitadamente, por la puerta del foro.

FERN. (*Viéndole llegar y corriendo hacia él.*) ¡Carlos!

CARLOS ¡Fernando! (*Se acercan uno á otro y se detienen.*)

TIO PACO (*Aparte.*) Pero, señor, ¡que no acabe de atinar dónde he visto yo antes de ahora á este hombre! (*Alto.*) Vamos, don Carlos, llega usted á buen tiempo. Vea usted si puede averiguar la causa de tanta pena como parece que tiene su hermano.

CARLOS Con ese objeto quiero hablarle.

TIO PACO Entonces, me marcho; á no estorbar.

CARLOS ¡Oh! nó, nosotros...

TIO PACO Nada, quietos aquí. Pero antes de marcharme quisiera averiguar dónde y cuándo he visto yo á usted antes de ahora.

CARLOS ¿A mí? (*Aparte.*) Me ha reconocido. Va á descubrirme, y no conviene que Fernando se entere todavía.

TIO PACO ¡Ah, sí! Me parece que voy ya atinando. ¿Hizo usted un viaje á América, hace, así, como dos años?

CARLOS Sí, señor.

TIO PACO ¿Es usted médico?

FERN. Sí, de marina.

TIO PACO El mismo. *(Corriendo hacia Carlos y abrazándole.)* Y yo, tan torpe, que no le había reconocido. *(A Fernando.)* Fué él, el que salvó á mi hija.

FERN. ¡Qué escucho!

TIO PACO Es un valiente.

FERN. *(A Carlos.)* ¡Conque fué á Luísa á quien salvaste!

TIO PACO Sí; la sacó del fondo del mar, con mucho peligro de su vida.

CARLOS Tío Paco...

TIO PACO Sí, sí; ya me marcho; pero como le estoy tan agradecido... ¡Ah! voy á participárselo á mi hija. *(Váse.)*

ESCENA XV

FERNANDO y CARLOS

FERN. ¡Carlos!

CARLOS Comprendo lo que estarás pensando de mí en este momento.

FERN. ¿Qué extraño es que tú comprendas lo que cualquiera adivinaría? Salvas á una mujer de una muerte, al parecer, segura, y en el momento de salvarla te enamoras de ella. El deber te obliga á emprender un largo viaje, y su recuerdo no se separa un punto de tu memoria. Apenas vuelves á España, te dedicas con insistencia á buscarla, pero con mala fortuna, hasta hoy que la encuentras en vísperas de casarse con tu hermano; y mortificado, sin duda, por los celos, me dices que mi casamiento con ella es casi imposible. ¡Oh! Carlos, ¿no es esto todo lo que te figuras que estoy pensando?

CARLOS ¿Y es esa toda la generosidad que siente hacia mí tu alma? ¿Es esa toda la confianza que merece tu hermano? ¿Así me juzga tu corazón?

FERN. Carlos...

CARLOS ¿Has creído que, sabiendo yo que tú amas á una mujer y que la adoras de tal manera que es tu felicidad y tu vida, soy tan infame y tan egoista que me he dicho: que sufra mi hermano y se desespere, nada me importa, yo la amo también?

FERN. Pero ¿qué quieres que suponga, qué quieres que crea? Recuerda todo lo pasado y dime lo que tú supondrías en mi lugar. Al confiarte el amor que por Luisa sentía y siento, fuiste el primero en consentir y alimentar ese amor; hasta el extremo de acompañarme para pedirla en casamiento á su padre: después y para nivelar la diferencia de fortuna que me separaba de ella, me ofreciste una crecida cantidad. Cuando te brindaste á acompañarme y cuando tan generosamente me ofreciste esa gruesa suma, no conocías á Luisa, y ni remotamente podías suponer que fuera ella... ¿no es cierto?

CARLOS Sigue.

FERN. Luisa aparece, en fin, ante tu vista y encuentras en ella á la joven que salvaste, á la mujer que ama tu corazón.

CARLOS Sigue.

FERN. Al presentarme, encuentro á ustedes pálidos y temblorosos.

CARLOS Sí.

FERN. Consiente, sin embargo, en ser mi esposa: pero ese consentimiento se escapa de sus labios con tanta pena de su corazón, que cae inanimada y moribunda; y cuando despues de todo esto, te pregunto respecto á la que debe ser mi mujer, me respondes: "Ese matrimonio es casi imposible," que es lo mismo que decirme, la he hallado y la amo, y no permito, ni quiero que te cases con ella.

CARLOS Pues bien, la amaba, sí; y al encontrarla ahora, al volverla á ver de nuevo, he sentido llenarse de gozo mi corazón y estremecerse toda mi alma de felicidad.

FERN. ¡Ah!

CARLOS Pero yo, que desde largo tiempo, no tengo otra felicidad que la tuya, yo que prefiero tu vida á la mía, no he vacilado un momento y he dicho á mi corazón, en medio de tormentos crueles, sufre y olvida, y á mi amor, cállate y muere.

FERN. ¡Oh!

CARLOS ¡Y tú, mi hermano, tú, mi hijo me desconoces y me acusas!

FERN. ¡Carlos.. !

CARLOS ¡Dios mío, por qué le serví de padre, sabiendo cuán ingratos son los hijos!

FERN. Te creo, Carlos, te creo. ¡Ah! perdóname. Pero... ¿qué otro obstáculo puede separarme de Luisa?

CARLOS Hermano, no se trata de tu amor ni del mío, se trata, sí, del honor de ambos.

FERN. ¡De nuestro honor!

CARLOS Llama en tu ayuda todas tus fuerzas, toda tu energía, todo tu valor, y disponte conmigo á sufrir.

FERN. Habla.

CARLOS Fernando, esa joven en quien tú has colocado toda tu esperanza, toda tu dicha...

FERN. ¿Acabarás...?

CARLOS Esa joven... *(Luisa aparece en la puerta del foro.)* ¡Silencio!

FERN. ¡Ella! *(Carlos y Fernando se separan.)*

ESCENA XVI

DICHOS: LUÍSA, por la puerta del foro.

LUISA *(Aparte.)* ¡Qué emocionados están! *(Alto.)* Mi padre acaba de anunciarme que ha reconocido en usted al salvador de mi vida; puede usted disponer de ella, puesto que me la ha conservado.

CARLOS *(Aparte.)* Esa voz tan pura no puede mentir.

Esa mirada tan tranquila no hace traición. *(Alto.)* Luísa, es preciso que me prometa usted, que jure responderme con sinceridad.

LUISA Señor don Carlos, hace rato que me asedia usted con preguntas confusas y extravagantes, que no atino á comprender... No sé qué contestaría á otro... Pero usted puede interrogarme, que yo juro decirle la verdad.

CARLOS ¿Me lo jura usted por la santa memoria de su madre?

LUISA Por ella, se lo juro.

CARLOS Luísa, va usted á ser la mujer de mi hermano.

LUISA Su mujer... sí... ¡Ah! *(Vacila y se apoya en la butaca.)*

FERN. *(Acercándose á ella.)* ¡Oh! ¿vacila usted?

LUISA *(Sentándose.)* No atribuya á la idea del casamiento esta debilidad pasajera: sufro de ella hace algún tiempo.

CARLOS Cierto, sí. ¡Ah! Luísa, Luísa...

LUISA *(Levantándose.)* Me causa usted espanto.

FERN. Carlos, ¿qué te sucede?

CARLOS Deseo saber, al momento, el nombre de aquel á quien ha amado usted antes que á mi hermano.

LUISA Antes que á su hermano...

CARLOS Sí... Ha prometido responderme con sinceridad... me lo ha jurado por la santa memoria de la que fué su madre.

LUISA ¡Oh, Carlos, es usted muy cruel! Me castiga severamente y está abusando del juramento que le hice...

CARLOS ¿Por qué?

LUISA Porque me veo obligada á decir que á quien amo, á quien adoro con toda mi alma, es al hombre que me salvó la vida...

FERN. ¡Ah!

CARLOS ¡A mí!

FERN. ¡Esto más!

CARLOS Y se atreve usted... *(Fuera de sí.)*

FERN. ¡Carlos...!

CARLOS ¡Fernando, Fernando, no la creas, no la escuches, que miente!

LUISA (*Con dignidad.*) ¡Señor don Carlos!
CARLOS ¡Sí!
LUISA ¿Qué dice...?
CARLOS Digo, que acaba usted de ser perjura y de mancillar el sagrado recuerdo de su madre, como ha olvidado usted, también, hasta sus deberes más santos.
LUISA ¡Jesús...!
FERN. ¡Carlos...!
CARLOS (*Fuera de sí.*) Digo, que no es ni á mí, ni á mi hermano, á quien usted ha amado, porque no habiendo pertenecido ni al uno, ni al otro, está usted deshonrada.
LUISA (*Apoyándose en la butaca.*) ¡Ah...!
FERN. ¡Deshonrada! ¡Ella!
CARLOS ¡Sí!

ESCENA XVII

DICHOS: EL TIO PACO, por la puerta del foro.

TIO PACO ¡Hola!
LUISA (*Corriendo hacia su padre.*) ¡Ah! ¡Padre, padre, padre mío!
TIO PACO ¿Qué te pasa?
LUISA Defiéndeme; me acusan, me insultan, me han ultrajado.
TIO PACO ¿Quién ..? Acaba.
CARLOS Yo: he dicho que el casamiento proyectado no puede tener efecto.
TIO PACO ¿Por qué causa?
CARLOS El deber me obliga, por ahora, á guardar silencio.
TIO PACO ¡Guardar silencio...! (*Interrogando á todos con la vista.*) ¿Qué significa esto? (*Dirigiéndose á Fernando.*) Hable usted.
FERN. Yo...
LUISA (*Con arranque.*) Nó, yo hablaré.

CARLOS ¡Oh, nó! Calle usted, desgraciada.

LUISA Nunca: se calla para ocultar una vergüenza; se habla para destruir una calumnia.

TIO PACO Tienes razón; habla.

LUISA Padre mío, se me acusa...

TIO PACO (*Mirando á ambos hermanos.*) ¿De qué...?

LUISA Se me acusa de estar deshonrada.

TIO PACO (*Con acento amenazador.*) ¡D. Fernando!

CARLOS Deténgase usted, soy yo quien lo ha dicho.

TIO PACO ¡Usted, usted! (*Queriendo acometerle.*) ¡Miserable!

CARLOS (*Conteniéndole.*) Tengo pruebas.

TIO PACO Pues, pronto, dígalas usted, pronto... Porque juro á Dios trino y uno que no sabré contenerme y... las pruebas, esas pruebas, al momento.

CARLOS Las tendrá usted.

TIO PACO ¿Cuándo?

CARLOS Cuando su hija sea madre.

FERN. ¡Ah...!

TIO PACO ¡Madre...!

LUISA ¡Yo... madre!

CARLOS Sí.

LUISA ¡Oh! (*Cae con abatimiento sobre una butaca.*)

TIO PACO (*Con desesperación y amenazándola.*) ¡Luísa! ¡Luísa! (*Fernando trata de socorrer á Luísa, y Carlos detiene al tío Paco.*)

TELÓN.

ACTO TERCERO

Pequeño edificio á la derecha, con un emparrado á la puerta; á la izquierda, un chozón con pequeña puerta practicable; al fondo montaña escabrosa; varias peñas repartidas por la escena. Un banco rústico al pie de un árbol, á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO

He creído extraviarme veinte veces por esas ásperas montañas, antes de llegar hasta este caserío y me parece que tampoco esta vez voy á descubrir nada: ¡Ah! hermano mío, ¿por qué le busco con tanto ahinco? *(Mirando hacia el foro.)* Un hombre baja de la montaña; ya tengo á quien preguntar. *(Se dirige al foro.)* Mas ¡qué miro! ¡Es el padre de Luisa! ¡Ah! Al fin logré encontrarte, Carlos de Montalbán. Ya se acerca... Me ocultaré, no quiero aumentar su aflicción con mi presencia. *(Se oculta en el chozón. Aparece el tío Paco bajando por la montaña, sus pasos serán lentos, su cabeza descansando sobre su pecho indicará los sufrimientos de espíritu. Llega de esta suerte hasta la mitad de la escena, en cuyo punto levanta la cabeza y suspira, observa por todos lados y después se acerca á la puerta del caserío, donde permanece algunos instantes escuchando; saca un pito, lo toca muy suavemente y enseguida viene á sentarse sobre el banco.)*

ESCENA II

FERNANDO, (oculto), el TIO PACO; á poco CARLOS, que saldrá del caserío.

TIO PACO ¡Oh, qué horrible es la deshonra! Si alguien se enterase, si alguno supiera que mi hija... ¡es madre! *(Con terror.)* Y ha sido madre sin haber tenido esposo. ¡Habrá cosa en el mundo que apene más que la deshonra! ¡Qué rendido me encuentro!

CARLOS *(Saliendo del caserío.)* Buenos días, tío Paco: tarde ha venido usted hoy.

TIO PACO Me quedé dormido al romper el día. ¡Sufro mucho! ¿Y mi hija?

CARLOS Nada tiene que temer por ella.

TIO PACO *(Levantándose.)* ¡Ah!

CARLOS Hace algunos días que se encuentra completamente fuera de peligro.

TIO PACO ¡Ah, amigo mío, qué bueno es usted! ¡Qué hubiera sido de mi pobre Luísa y de mí, si usted no nos hubiese acompañado hasta este solitario retiro: qué hubiera sido de nosotros á no ser usted el mediador el día en que supe que la deshonra de mi hija era cierta! ¡Oh! Con seguridad la hubiera muerto, y entonces muero yo también.

CARLOS Vamos, tranquilícese usted

TIO PACO Sí, ya me iré tranquilizando. ¿Conque puedo acercarme á ella, sin peligro de su vida? ¡Ah, pero si me da un miedo! ¡Tengo tantas cosas que decirle y tanto que preguntarle!

CARLOS Cuidado, tío Paco, que aun cuando se halla fuera de peligro, está bastante delicada todavía.

TIO PACO ¡Oh! Le prometo ser muy bueno con ella. No puede usted figurarse lo mucho que la quiero. Mas, vámonos de aquí; acompáñeme usted un poco; temo que salga mi Luisa y me vea; deseo estar tranquilo, y en este momento me encuentro muy emocionado.

CARLOS Vamos. *(Vánse los dos por la montaña, y al desaparecer de la vista del espectador, sale Fernando del chozón.)*

FERN. ¡Conque la deshonra de Luisa es cierta! ¡Ah! ¡Quién será el padre de esa criatura...! Carlos, quizás... ¡Oh, no es posible! (*Mirando hacia el foro.*) Se marchan. Le seguiré, quiero hablar á mi hermano apenas se separe del tío Paco. (*Váse por la montaña.*)

ESCENA III

EMILIA y DIMAS: por la izquierda, parte baja de la montaña.

DIMAS Señorita, ya hemos llegado al caserío de la dehesa de San Blas.

EMILIA Bien: conviene que nadie le vea; ocúltese en ese chozón. (*Aparte.*) ¿Estará Luísa sola? (*Se dirige hacia el caserío.*)

DIMAS (*Dimas mirando hacia dentro del chozón.*) Señorita, esta habitación es muy incómoda y muy mal sana.

EMILIA Entre usted en ella.

DIMAS Entraré porque usted me lo manda; mas no me es agradable habitar, aunque sea por corto tiempo, la alegre mansión de un marrano.

EMILIA ¿Qué dice usted?

DIMAS Que desde que nací, señorita, no me he visto obligado á pisar un chiribitil de esta clase, y si usted quisiera concederme permiso para que en tanto despacha el asunto que le ha traido hasta aquí, vaya á darle compañía al señor conde, que se ha quedado esperándonos en el carruaje...

EMILIA Haga usted lo que mejor le plazca.

DIMAS (*Con mucho respeto.*) Doy á usted gracias por

tanto favor. (*Váse por el mismo sitio que salió.*)

ESCENA IV

EMILIA: á poco LUÍSA

EMILIA No acabo de comprender, por más que he leído la carta de Luísa, la desgracia que la aflije. Llamaré con cuidado, pues me encarga que nadie se entere de mi venida. (*Llama suavemente á la puerta del caserío.*)

MARTINA (*Dentro.*) ¿Quién?

EMILIA Esa voz... ¡Ah! es la de Martina. (*Alto.*) Abra usted.

LUISA (*Dentro.*) ¡Oh! es Emilia... (*Sale. En su rostro deben notarse señales de grandes padecimientos.*) ¡Emilia! (*Abrazándola.*)

EMILIA ¡Luísa! ¡Qué pálida estás!

LUISA He sufrido y sufro mucho.

EMILIA Bien se te conoce.

LUISA Ya estoy mejor. ¡Qué alegría tengo al encontrarte! ¡Qué buena eres!

EMILIA Era tu carta tan alarmante...

LUISA ¡Ah! y cuanto te agradezco que hayas abandonado hoy á tu esposo por mi causa...

EMILIA Aún no me he casado, amiga Luísa; falta que arreglar algunos papeles. Pero hablemos sólo de tí, á quien creía en Francia.

LUISA Cuando salí con mi padre de la hacienda también yo creía que marchábamos hacia allí, más á las pocas horas de caminar mandó mi padre detener el carruaje y echar pié á tierra, despidió al cochero y empezamos á andar mi padre, Martina, la antigua criada de la marquesa, y yo; á los pocos pasos nos encontramos con el Sr. D. Carlos de Montalván.

EMILIA ¿El doctor Carlos?

LUISA Sí; por lo visto, sabía que ibamos á pasar por allí, y nos esperaba. Seguimos caminando en su compaña y sin hablar palabra, ellos á pie y yo sobre una caballería, y de esta suerte empezamos á subir y bajar montes escabrosísimos, hasta que llegamos á esta casa, donde he pasado cinco meses, de los cuales tres he estado á la muerte.

EMILIA Bien se te conoce. ¿Y por qué esa rareza de tu padre?

LUISA Porque este era el retiro más apropósito para ocultar mi desgracia.

EMILIA ¡Tu desgracia! ¿Esa de que tanto me hablas en tu carta?

LUISA Voy á decírtela: temo que aparezca mi padre, te vea y desbarate mi plan.

EMILIA Habla.

LUISA Cuando pensé escribirte, estaba desahuciada por el doctor Carlos y antes de morir quería decirle á mi amiga, á mi única amiga... (*Bajando la voz.*) ¡Emilia, salva á mi hijo!

EMILIA ¡A tu hijo!

LUISA ¿Te admira que te haga semejante confesión, sin avergonzarme? Pero donde no hay falta no hay vergüenza. No soy culpable.

EMILIA Luisa, mi corazón no te culpa, pero...

LUISA ¡Oh! tú no puedes comprender lo que ni yo misma comprendo. ¿Te acuerdas del día en que te supliqué hablaras á mi padre para que estuviera avisado de que Fernando y su hermano iban á pedirme en casamiento?

EMILIA Sí, el mismo día en que el conde vino también á solicitar mi mano.

LUISA Pues bien, aquella mañana, como de costumbre, hize mi oración con toda la inocencia de mi alma, ofrecí á Dios un corazón casto y puro como el de un niño... y estaba deshonrada.

EMILIA ¡Deshonrada!

LUISA Sí. Carlos me lo dijo, Carlos que no quería que llevase la infamia á su hermano. Indignada de lo que creía un ultraje, una calumnia, miraba de frente á aquel hombre que me

acusaba, y me abracé á mi padre gritando: ¡defiéndeme, defiéndeme!

EMILIA Sigue...

LUISA Yo tenía alta la frente, firme el corazón, y Carlos decía la verdad. ¡Ah, no mentía!

EMILIA ¡Pobre Luísa!

LUISA Fué preciso huir para que nuestro oprobio no fuera público. ¡Ay, Emilia! Soy madre, y, ante Dios lo juro, soy inocente.

EMILIA ¡Luísa, mi pobre Luísa!

LUISA La prueba viviente de mi vergüenza está ahí dentro, en ese niño. Debería rechazarle, aborrecerle; pero nó, le quiero, le quiero. Antes de oir su primer grito, pedía la muerte, ahora quiero vivir para él; y tú, Emilia, me ayudarás á salvarle.

EMILIA ¡Salvar á tu hijo! ¿De quién?

LUISA De mi padre. Sospecho que intenta robármele, y por eso quiero que ahora mismo te le lleves y le ocultes; más tarde iré á reunirme contigo.

EMILIA Luísa, reflexiona...

LUISA Si vacilas, si rehusas llevarte á mi hijo, marcharé sola con él.

EMILIA Haré todo lo que tú quieras; pero tu padre cedería á tus ruegos si existiera un medio de salvar tu honor.

LUISA ¡Mi honor! ¡Ah! mi desgracia es irreparable; ni aún puede explicarse siquiera; por momentos creo que todo esto es un sueño horrible, como el que tuve la noche de mi llegada á la hacienda de San Quintín.

EMILIA (*Impresionada.*) ¿La noche de tu llegada?

LUISA Sí, tuve miedo de hallarme sola en aquellas grandes habitaciones que me eran desconocidas y quise pasar la noche en el pabelloncito.

EMILIA Sí, el que yo habitaba...

LUISA El viaje me había fatigado; pero apenas entré en aquella habitación me dió miedo también; á poco sentí un disparo de escopeta y el miedo se me aumentó; el corazón me palpitaba con violencia, la voz se anuda-

ba en la garganta y no podía ni aún gritar; entonces bebí con avidez el resto de un vaso de agua, que indudablemente se hallaba emponzoñada.

EMILIA ¡Ah, sigue!

LUISA A poco un vértigo se fué apoderando de mí, la sangre parecía como si afluyese en mayor cantidad que de ordinario á mi cerebro, oía á la vez ruído como de campanas y grandes truenos.

EMILIA ¡Sigue, sigue por Dios! ¿Y luégo?

LUISA Luégo, el sueño se apoderó de mí, pero un sueño extraño, horrible.

EMILIA ¡Sí, lleno de terrores y de angustias!

LUISA Eso es; quería despertarme, quería gritar y no podía.

EMILIA (*Con terror.*) ¡Dios mío, Dios mio! (*Mirando espantada á Luisa.*) (*Aparte.*) ¡Hé aquí el crímen que el conde quería reparar, creyendo que yo...!

LUISA Pero, Emilia, ¿por qué me miras así? ¿Qué tienes? Tu semblante se ha transformado... ¡Ah! ¿Qué te pasa? ¿Qué piensas?

EMILIA Luísa, no desesperes, no te marches; tu desgracia no es tal vez irreparable, nó. Espera. *(Váse por la parte baja de la montaña, por donde salió.)*

ESCENA V

LUÍSA: á poco CARLOS, por la montaña

LUISA ¡Que espere...! no lo entiendo; ¿será una excusa para alejarse de aquí y no llevarse á mi hijo? Tal vez. Todos me desprecian, todos me abandonan, todos. Nó; hay uno, uno solo... Carlos. ¿Cómo podré pagarle tantos sacrificios como ha hecho por mí? El también sufre, sí, sufre porque me ama, y yo... *(Reconcentrado.)* Yo le amo también. ¡Ah, qué

horror, qué vergüenza! Es preciso partir, á partir al momento, y sin despedirme de él. (*Se dirije hacia el caserío. Carlos viene bajando por la montaña; la detiene*)

CARLOS ¡Luisa!

LUISA (*Deteniéndose.*) ¡Ah! ¡Carlos! (*Carlos continúa hasta quedar sentado sobre el banco de piedra.*) ¿Está usted cansado?

CARLOS Sí.

LUISA Es verdad. ¡También usted sufre!

CARLOS ¡Mucho!

LUISA Pronto sufrirá usted menos.

CARLOS ¿Por qué?

LUISA Porque ya no puede tardar mucho la hora en que nos separemos, y quizás para siempre.

CARLOS (*Levantándose.*) ¿Para siempre?

LUISA Mi vida ya no corre peligro...

CARLOS ¿Eh?

LUISA Usted me lo ha dicho.

CARLOS Cierto.

LUISA Y estando ya curada, ¿qué puede retener á usted aquí?

CARLOS Es verdad.

LUISA La obligación del médico está cumplida cuando el enfermo sana.

CARLOS El médico está demás, muy cierto: pero ¿no soy yo para usted más que médico?

LUISA ¡Ah! nó; es usted mi verdadero, mi único amigo.

CARLOS ¿Lo cree usted así, Luísa?

LUISA Estoy segura de ello.

CARLOS ¿Y no comprende usted, entonces, que si el médico tiene que partir, el amigo no quiere abandonarla?

LUISA (*Aparte.*) ¡Ah, Dios mío! (*Alto y con dolor.*) ¿Y para qué quiere usted permanecer por más tiempo á mi lado?

CARLOS Tal vez llegue el día de la confianza, Luísa, y entonces...

LUISA (*Con dolor.*) ¿Y qué puedo tener que confiarle?

CARLOS Esperaré, Luísa, esperaré.

LUISA Me desgarra usted el corazón. ¿Qué secretos puedo tener? Ninguno; nada tengo que confesarle... por lo tanto... márchese usted y olvídeme.

CARLOS ¡Olvidarla...!

LUISA Sí, para no tener que maldecirme.

CARLOS Luísa, es usted muy injusta conmigo.

LUISA ¡Ay! amigo mío, así como usted lee en mi alma, yo, á mi vez, leo también en la suya. Y ya que hasta aquí no le he inspirado á usted más que lástima, no quiero más adelante inspirarle odio.

CARLOS ¡Odio! (*Signo negativo.*)

LUISA Sí. ¡Ah! Sea usted dichoso, y Dios le bendiga, Carlos, amigo, hermano mío.

CARLOS ¡Luísa! ¡Luísa!

LUISA ¡Adiós! (*Se dirige al caserío.*) (*Aparte.*) Le dejo destrozado el corazón, mas es fuerza separarme de él. (*Entra.*)

ESCENA VI

CARLOS: á poco FERNANDO, por la montaña.

CARLOS ¿Qué es esto? ¿A qué atribuir el lenguaje y la resolución de Luísa? ¡Ah! es que ha pensado huir... Yo lo evitaré... (*Se dirige hacia el caserío, mas antes de llegar á la puerta oye la voz de Fernando, que viene bajando por la montaña y se detiene.*)

FERN. (*Con entonación.*) ¡Carlos!

CARLOS (*Deteniéndose.*) ¡Ah! ¡Fernando!

FERN. Espera. (*Baja con precipitación y se coloca frente á su hermano.*)

CARLOS ¡Tú aquí!

FERN. ¡Te admira que haya podido descubrir tu paradero!

CARLOS En efecto.

FERN. Interesándome el saber de mi hermano, he venido indagando, hasta que la casualidad me enteró de que el tío Paco había com-

prado esta dehesa á peso de oro; y comprendiendo que fuera para ocultar la deshonra de su hija y que te encontraría al lado de ella, he venido sin detenerme. Ahora no sé si sientes ó te alegra mi venida.

CARLOS Para mí, Fernando, eres siempre bien venido; pero el tío Paco y su hija sufrirían mucho al verte.

FERN. Así lo comprendo también, por lo tanto, estoy dispuesto á partir enseguida.

CARLOS ¡Oh! bien hecho.

FERN. Contigo.

CARLOS ¿Conmigo?

FERN. Tus cuidados no deben ser ya muy necesarios y desde que te he visto estoy asustado de la palidez de tu semblante.

CARLOS Sí, he sufrido mucho, pero te suplico, Fernando, que te marches solo.

FERN. ¿No está ya Luísa fuera de peligro?

CARLOS Sí, pero mi tarea aún no está acabada.

FERN. Creo que, para cualquiera cosa que ocurra pueden llamar á otro médico.

CARLOS A otro, nó, Fernando, aquí no puede haber otro médico que yo. Así lo comprendió el pobre del tío Paco cuando vino á decirme: "D. Carlos, tiene usted el secreto de mi deshonra, usted es el único que puede librar á mi hija de la muerte.„ Y diciéndome esto el infeliz anciano, dejaba asomar gruesas lágrimas á sus ojos. Fernando, ¿podía yo negar á ese desgraciado lo que me pedía?

FERN. Nó.

CARLOS ¿Podía abandonarla, á ella, á ella, que...?

FERN. Carlos, todo eso está muy bien; mas ..

CARLOS ¡Qué cinco meses, Fernando, qué cinco meses! casi todo ese tiempo he venido luchando diariamente con la muerte que amenazaba á Luísa, y ella la apetecía. ¡Pobre mujer!

FERN. Sí, es muy desgraciada.

CARLOS Si vieras, Fernando, con qué voz tan dulce me decía más tarde..."¡Quiero vivir, Carlos, quiero vivir, porque ahora soy madre y no tengo el derecho de morir!„

FERN. Bien, todo eso está muy bien; yo hubiera hecho lo mismo; pero ahora que nada tienes que hacer aquí, ¿por qué no me sigues?

CARLOS ¿Seguirte...? Sí, partamos.

FERN. Vén... vén... (*Marchando hacia la montaña.*)

CARLOS Vamos. (*Se dirije muy lentamente hacia el monte con la vista fija en la puerta del caserío; se detiene, piensa algunos momentos, da otro paso, suspira y vuelve á detenerse. Al empezar á andar de nuevo suena el llanto de una criatura de muy pequeña edad en el interior de la casa; se detiene con prontitud, da un grito y corre hacia la puerta, parándose delante de ella.*)

FERN. (*Al ver que se detiene la primera vez.*) ¿Qué te pasa?

CARLOS Nada. (*Da el segundo paso.*)

FERN. Entonces...

CARLOS (*Al oir llorar al niño, que deberá de hacerlo el menor tiempo posible, para que no se distraiga el público con su llanto.*) ¡Ah! ¡El niño! (*Corre hacia la puerta.*)

FERN. (*Con voz imperiosa.*) ¡Carlos!

CARLOS (*Con resolución.*) Me quedo.

FERN. (*Adelantando hacia Carlos.*) ¿Qué dices?

CARLOS Que no abandono á Luísa.

FERN. (*Con imperio.*) ¡Sígueme!

CARLOS (*Fuerte.*) Nó.

FERN. ¡Ah, tengo miedo de adivinar, tengo miedo de comprender lo que piensas y lo que sientes!

CARLOS Me quedo.

FERN. Carlos, no es tu razón la que habla.

CARLOS ¿Por qué?

FERN. Porque tu razón es elevada y recta, porque tu corazón fuerte es incapaz de una vergonzosa y torpe transacción.

CARLOS (*Adelantando hacia Fernando en són amenazador.*) ¿Qué me quieres decir con eso? Explícate, habla, habla pronto. ¡Te lo mando!

FERN. Digo, que en otra ocasión, cuando Luísa iba á ser mi mujer y tu hermana, tu voz me dijo:

¡Detente! si das un paso más comprometes el honor.

CARLOS (*Con furor reconcentrado.*) ¡Sigue!

FERN. Pues yo á mi vez te digo: ¡hermano, detente! un solo paso más, y nuestro honor está perdido.

CARLOS (*Aterrado.*) ¡Ah, cállate, cállate, Fernando!

FERN. Y entonces tú sólo tenías indicios contra la acusada. (*Con entereza.*) ¡Hoy tengo pruebas contra la culpable!

CARLOS (*Delirante.*) ¡Cállate!

FERN. (*Con valentía.*) Nó.

CARLOS (*Más fuerte.*) ¡Te digo que calles!

FERN. Cuando ella me engañaba, yo me dejaba llevar de la ceguedad; pero tú conoces su falta, sabes muy bien que Luísa está deshonrada, y sin embargo...

CARLOS (*Delirante.*) ¡Pero quieres callarte!

FERN. ¡Sabes bien que es una mujer infame!

CARLOS (*Completamente enajenado.*) ¡Infame...! ¡Nó! (*Marchando hacia Fernando con el brazo levantado.*) ¡Desgraciado! (*Deja caer el brazo sobre Fernando, éste evita el golpe sujetando á Carlos por la muñeca.*)

FERN. (*Sujetándolo.*) ¡Carlos! ¿Qué haces?

CARLOS (*Abandonando la acción amenazadora, y sollozando pide perdón á Fernando.*) ¡Oh! ¡Perdóname, Fernando, perdóname! ¡Si supieras cuánto sufro!

FERN. Lo veo. Vén á mis brazos.

CARLOS (*Abrazándole.*) ¡Ah, Dios mío! (*Bajo y reconcentrado.*) ¡Qué horrible es el amor con la vergüenza!

FERN. No me engañaba; Carlos, la amabas siempre.

CARLOS (*Casi al oido de Fernando.*) ¡Ah! la amabamos los dos, pero mi amor es infame porque nació en el oprobio.

FERN Cierto: porque tú has sido el único testigo del deshonor de Luísa.

CARLOS Sí; pero lo he sido también de su dolor, de su desesperación y de sus protestas, y sentía mi corazón pronto á absolverla.

FERN. ¿A absolverla?

CARLOS Sí; al principio creí que fuera por lástima.

FERN. ¿Por lástima?

CARLOS Nó; si ya sé que es por amor. Sí, la amo; sé que está deshonrada, y sin embargo, la amo más que nunca.

FERN. ¿Y esperas acaso...?

CARLOS Sorprender un secreto; saber un nombre que se escapará algún día de los labios de Luísa, y entonces..

FERN. ¿Qué harás?

CARLOS ¡Oh! Iré á buscar al hombre que lo lleve, y reparará su falta casándose con ella, ó le mataré. Eso es lo que espero. A la que salvé la vida, le salvaré también el honor.

FERN. *(Mirando hacia la montaña.)* ¡Calla! Alguien se acerca.

CARLOS Es el padre de Luísa.

ESCENA VII

DICHOS: EL TIO PACO, que baja por la montaña

TIO PACO ¡Ah! Don Carlos con otro hombre. *(Baja con precipitación.)*

CARLOS Retírate por un momento: creo que no te ha conocido.

TIO PACO *(Reconociendo á Fernando.)* ¡Ah, es don Fernando!

FERN. Ahí cerca te espero. *(Se dirije por la parte baja é izquierda, y al oir la voz del tío Paco, se detiene.)*

TIO PACO ¿A dónde va usted? No huya de mí, que nada tengo que ocultarle. ¿Quiere usted, todavía, alargarme la mano?

FERN. *(Dándosela.)* ¡Oh, sí, señor!

TIO PACO Gracias.

CARLOS ¿Ocurre algo?

TIO PACO Don Carlos, este retiro ha sido descubierto:

he distinguido á lo lejos un carruaje parado en mitad del camino.

CARLOS ¡Un carruaje!

FERN. ¿De quién será?

TIO PACO Y en todas las veredas que conducen al caserío existen pisadas y huellas de personas. Es preciso marchar de aquí cuanto antes. *(A Carlos.)* Usted no nos abandonará todavía.

CARLOS Yo...

FERN. Mi hermano tiene otras obligaciones que cumplir, y...

TIO PACO Es verdad, hasta en esto soy egoista... mas como le quiero tanto y le estoy tan agradecido... En fin, comprendo que debemos separarnos, y quizás para siempre.

FERN. Tal vez.

CARLOS *(Aparte.)* ¡Para siempre!

TIO PACO Pero antes deseo que me iluminen sobre un asunto que no acabo de comprender, por más vueltas que le vengo dando en mi tosca mollera.

CARLOS Diga usted.

TIO PACO ¿Qué interés puede existir entre esas personas que nos vigilan tan de cerca y nosotros? ¿Estarán, quizás, acechando la ocasión para cometer un crimen? ¿Será tal vez el seductor de Luísa, que vendrá á robármela?

CARLOS Sí, sí.

FERN. Bien puede ser.

CARLOS Acompáñame, Fernando, acompáñame: vamos á reconocer ese carruaje. *(Vánse por la montaña)*

ESCENA VIII

EL TIO PACO: á poco MARTINA

TIO PACO Sí; yo en tanto me quedo para cuidar de mi hija. ¿Será cómplice Luísa? ¿Estará en con-

nivencia para huir con él? Por si acaso, me quedaré con una garantía. (*Se dirije con prontitud al caserío y llama muy suavemente á la puerta.*)

MARTINA (*Aparece en la puerta del caserío.*) Señor...

TIO PACO Sal. (*Se separa un poco de la puerta.*) Sin perder un momento, dí á Luísa que la espero: tengo que hablarle.

MARTINA ¡Señor...!

TIO PACO No temas. Al punto que mi hija salga tomarás al niño en tus brazos y te marcharás con él por la puerta del corral, é irás á ocultarte en la quebradura de la peña de los álamos, que dista unos cincuenta pasos de aquí; allí esperas hasta que yo vaya.

MARTINA Pero haciendo eso, va usted á matar á la señorita Luísa.

TIO PACO Haz lo que te digo. Márchate.

MARTINA Está bien. (*Entra en el caserío.*)

TIO PACO Quizás por este medio logre descubrir el nombre del seductor de mi hija.

ESCENA IX

EL TIO PACO: LUÍSA, saliendo por el caserío

TIO PACO (*Al verla.*) ¡Ah, ya sale! ¡Qué hermosa es!

LUISA (*Con la vista baja.*) Martina me ha dicho que deseaba usted hablarme.

TIO PACO Sí. (*Aparte.*) ¡Dios mío! No me atrevo á acercarme á ella. (*Alto y con temor.*) ¡Luísa!

LUISA (*Acercándose hacia su padre con la vista baja.*) Padre mío...

TIO PACO Nada temas. He prometido al doctor, me he prometido á mí mismo estar tranquilo y ser bueno contigo... Ya ves, te hablo cariñosamente, no me enfado, nó: te quiero, te quiero siempre.

LUISA (*Adelantando hasta llegar al tío Paco, se postra ante él y quiere tomar una de sus manos; éste la levanta suavemente y la rechaza.*) ¡Padre mío! ¿Me permite usted que le bese las manos y se las bañe con mis lágrimas?

TIO PACO (*Rechazándola.*) Sí, pero...

LUISA ¡Ah!

TIO PACO Y te abrazaré también, Luisa, te abrazaré como otras veces; más cuando me hayas dicho lo que quiero saber.

LUISA ¿Y qué puedo decirle?

TIO PACO Escucha. En tanto que te he visto en peligro, he dicho constantemente al doctor: cúremela bien y pronto. Ahora que estás salvada, deseo saber si podemos salvar el honor lo mismo que tu vida.

LUISA ¡Padre mío!

TIO PACO Vamos... habla... ¿Quién es ese hombre?

LUISA (*Secándose una lágrima.*) No lo sé.

TIO PACO No lo sabes... no sabrás su nombre, su verdadero nombre, esto puede suceder muy bien, te lo habrá ocultado, pero á él... á él, claro que debes conocerle... ¿Dónde le has encontrado? ¿Dónde le has visto? Porque esto lo sabrás...

LUISA (*Con desesperación.*) Yo... no sé, no sé decir nada.

TIO PACO ¡Ah, no sabes decirlo! Ten cuidado, Luisa, porque si hasta aquí he tenido paciencia y calma para reprimir mi cólera, ahora conozco que ya no soy dueño de mí, y estallará violentamente. ¡Habla!

LUISA ¡No puedo!

TIO PACO Por Jesu-Cristo en la cruz te pido que hables.

LUISA ¡Ah, padre mío, soy inocente!

TIO PACO Mentira.

LUISA Lléveme usted cerca de la tumba de mi madre, y le juraré por su santa memoria que no puedo nombrar á nadie.

TIO PACO ¿Y te atreverías á hacer un juramento semejante?

LUISA (*Con exaltación.*) Sí, lo haré sin vacilar, sin

palidecer; juraré que á ese hombre, que me manda usted nombrar, á ese hombre, al padre de mi hijo, no le conozco, no le he visto jamás; para mí no existe.

TIO PACO ¡Dios mío, se pierde su razón, su cabeza se extravía!

LUISA Nó, padre mío, nó; conservo toda mi razón, conozco bien toda mi desgracia, comprendo perfectamente su justa desesperación; pero contra esa desgracia, contra esa desesperación, no puedo nada, nada.

TIO PACO ¿Conque conservas tus sentidos, conque no estás loca?

LUISA Loca... nó.

TIO PACO Entonces, eres una miserable.

LUISA ¡Oh! (*Llorosa.*)

TIO PACO Que se avergüenza hasta de nombrar á su infame seductor. ¡Luísa, óyeme bien! Cualquiera que sea ese hombre, quiero conocerle, y le conoceré.

LUISA ¡Ah, padre mío! Habeis sufrido y sufrís demasiado, lo conozco; pues bien, abandóneme usted, arrójeme para siempre de su lado, y de ese modo su honra quedará, en parte, á salvo. Anuncie usted á todo el mundo, si es preciso, hasta mi muerte...

TIO PACO ¡Tu muerte!

LUISA Sí, yo me iré lejos, muy lejos, sola y con mi hijo. Así sufrirá usted menos.

TIO PACO Con tu hijo, con tu hijo... y ¿tienes tu hijo, acaso?

LUISA ¡Qué le pasa á mi hijo!

TIO PACO Nada, ¡ve á buscarle; no le encontrarás!

LUISA ¡Ah! (*Entra precipitadamenle en el caserío.*)

TIO PACO Muy pronto sabré el nombre de tu vil seductor: ahora me dirás lo que con tanto interés vienes ocultando. (*Se oye un fuerte grito dado por Luísa en el interior de la casa.*) Ya llegó á la cuna de su hijo, y no le ha encontrado... ¡Tú confesarás, sí, tú confesarás!

LUISA (*Saliendo en el mayor desorden posible y como sofocada por el dolor y el espanto.*) ¡Padre,

padre! ¡Mi hijo! ¡Oh! ¿Dónde le habeis ocultado?

TIO PACO ¡Luísa...!

LUISA Mi hijo.. dónde, dónde está mi hijo. Hable usted.

TIO PACO ¿Dónde está su padre? ¡Habla! ¡Habla tú!

LUISA ¡Si no puedo! ¡Si para mí no existe!

TIO PACO ¿Que no existe? Bien. Pues allí donde no hay padre, tampoco debe haber hijo.

LUISA ¡Ah!

TIO PACO Estoy resuelto á guardar esa prenda de tu corazón; no te la devolveré en tanto no averigües quién es y donde se encuentra su padre.

LUISA (*Secando sus lágrimas.*) Pues bien, sea. ¿Está usted resuelto á conservarle?

TIO PACO Sí.

LUISA (*Con decisión.*) Y yo estoy resuelta á defenderle.

TIO PACO ¡Tú!

LUISA ¡Sí, yo! ¿Me cree usted débil para ello?

TIO PACO ¿Te sublevas contra mí?

LUISA (*Con entereza.*) Sí.

TIO PACO ¡Ah, desgraciada! Soy tu padre.

LUISA (*Con arranque.*) Y yo soy madre también.

TIO PACO ¡Insensata!

LUISA (*Transijiendo.*) ¡Ah, perdón, perdón, padre mio! ¡Devuélvame usted á mi hijo!

TIO PACO Nunca.

LUISA ¡Nunca! (*Volviendo á su entereza.*) Pues bien; yo obligaré á usted á que me le entregue.

TIO PACO Tú: ¿y qué harás para ello?

LUISA Me acusaré públicamente.

TIO PACO ¡Y tendrás la audacia de hacer pública nuestra deshonra!

LUISA Sí... sí...

TIO PACO ¡Qué horror! Calla, calla. Te devolveré á tu hijo.

LUISA (*Cayendo postrada de rodillas y queriendo besar la mano de su padre.*) ¡Ah, gracias!

TIO PACO Tendrás hijo, pero no tendrás padre, porque me mataré.

LUISA ¡Oh, nó!

TIO PACO Adiós. (*Se dirije con algún trabajo hacia la parte baja y derecha de la montaña, seguido de Luísa, que tira de él, siempre conservando la posición de rodillas.*) ¡Suelta!

LUISA ¡Oh, nó...! ¡Ah, Dios mío!

TIO PACO (*Con mayor violencia y queriendo separarse de Luísa.*) ¡Suelta!

LUISA ¡Ah! No puedo más. (*Abandona las manos de su padre, quedándose postrada y sin fuerzas para levantarse, sigue algunos momentos con los brazos extendidos y con la vista fija por el lado derecho en que desapareció el tío Paco.*) ¡Se marcha...! ¡Va á matarse! (*Fuerte.*) ¡Padre...! ¡Padre...! ¡Perdón..! ¡Perdón...! ¡Ah! (*Cae desmayada, quedando oculta en el callejoncito que forma la parte baja de la montaña y el matorral y peñasco, que debe de estar en forma saliente desde la esquina del caserío hacia el centro de la escena.*)

ESCENA X

LUÍSA, desmayada: EMILIA, LUIS y DIMAS por el lado izquierdo, parte baja

DIMAS Ya estamos otra vez en el caserío.

EMILIA Pues observe usted si se acerca alguien: conviene que no nos vean todavía.

DIMAS Está bien, señorita. (*Se dirije al fondo para observar, lado contrario al que cayó Luísa.*)

EMILIA (*Aparte.*) Ea, valor, Emilia; si por tu causa ha sido deshonrada Luísa, tú no puedes ser la esposa del conde.

LUIS (*Adelantando.*) Grandes precauciones toma usted para que no seamos descubiertos.

EMILIA Son precisas.

LUIS No lo dudo. Estoy impaciente por acabar de comprender el motivo de este viaje, al que

me permitió acompañarla con algunas condiciones. Primera, que había de acompañarnos D. Dimas.

EMILIA Quise evitar la murmuración.

LUIS Nada más natural. Segunda, que durante todo el camino me abstuviese de preguntarle.

EMILIA Cierto.

LUIS Y finalmente, que tenía que permanecer con mi carruaje á distancia del punto en que usted debía parar.

EMILIA Sí, señor.

LUIS Por eso ha sido mayor mi asombro al verla llegar, ahora, toda trémula y convulsa, suplicándome que ocultara el coche y que la siguiera. ¿Qué ocurre, Emilia, qué pasa?

EMILIA Va usted á saberlo: la providencia le ha traído aquí, no yo, que bastante me opuse á que viniera.

LUIS Emilia, por Dios, acabe usted.

EMILIA A eso voy. ¿No es cierto que quiere usted casarse conmigo porque escucha más la voz de su conciencia que el amor que me tiene?

LUIS Emilia, ¿qué quiere decirme con eso?

EMILIA Que usted trata de reparar una falta.

LUIS (*Confuso.*) Sí... mas le juro... que la amo y que redimiendo mi pasado, aseguro la felicidad de mi vida.

EMILIA La dicha está también en el cumplimiento de un deber, cualquiera que sea el sacrificio que se imponga, y yo soy la primera en sacrificarlo todo ante el reposo de su conciencia.

LUIS ¿Qué dice usted? (*Dimas, que algunos momentos antes de terminar este diálogo, se habrá acercado instintivamente hacia donde está Luísa desmayada, prorrumpe en una exclamación de terror al verla.*)

LUISA ¡Ah!

EMILIA ¿Qué ocurre?

LUIS ¿Qué pasa?

DIMAS La señorita Luisa... creo que está muerta.

EMILIA (*Corriendo hacia ella.*) ¡Ah!

LUIS (*Idem.*) ¡Muerta!

DIMAS Su pulso late.

EMILIA Luisa...
LUIS Está desmayada.
EMILIA Vuelve en tí.
LUISA (*Volviendo del letargo.*) ¡Ay! ¿Y mi padre?
LUIS La llevaremos al caserío.
EMILIA Sí, sí. Amiga mía, levanta. (*Emilia y Luís la ayudan á levantarse.*)
LUISA (*Mirando con extrañeza.*) ¡Emilia! El conde... don Dimas... ¡Ah!
DIMAS (*Con extremado respeto.*) ¡Muy servidor de usted, señorita!
EMILIA Vamos. (*La conduce muy lentamente al caserío.*)
LUISA ¿Dónde estoy...? ¿Y mi padre, dónde está mi padre...? ¡Carlos, Carlos! (*De pronto y recordando.*) ¡Ah! ¿y mi hi...?
EMILIA (*Con prontitud, á Luisa.*) ¡Calla, desgraciada, calla; aún no estás sola!
LUISA Es verdad. ¡Ay! (*Rompe á llorar, y de este modo desaparece de la escena, entrando en el caserío con Emilia y Luís*)

ESCENA XI

DIMAS

¡Caramba, y qué apurada va la señorita! Y está demacrada como un demonio, y con unas ojeras que... ña, ña. Por lo visto, desde que salió de la hacienda no se ha mantenido de otra cosa que de lágrimas; pues como siga así, pronto acabará de hacer la digestión en el otro mundo. ¿Y su padre; dónde andará ese pedazo de zopenco? Claro, andará tambien por aquí. Si se mantiene con el mismo alimento que la hija, estará bueno. No hay cosa que cambie tanto la fisonomía de las criaturas como el no comer. A esta familia le

ha pasado algo... y gordo. Ese tío Paco, tan basto y tan estúpido, ha querido ir muy deprisa, ha gastado el dote de la muchacha, se ha arruinado, el casamiento con D. Fernando ha fracasado... y ña, ña. Esto me entristece, pero... á mí la tristeza no me quita el apetito, porque voy sintiendo un hambre, que... ña, ña. Mas hacia acá se dirige un hombre, y la señorita Emilia me encargó que nadie me viera, ni se enterase de que estábamos aquí. Entraré á avisarle. (*Entra en el caserío.*)

ESCENA XII

CARLOS, bajando la montaña: á poco LUISA.

CARLOS (*Bajando de la montaña.*) ¡Ah, ya llegué! ¡Cuánto he corrido! ¡Luísa! ¡por qué la quiero tanto...! ¡Es tan desgraciada...! Quiero verla antes que llegue Fernando, á quien he perdido en el camino. ¡Es tan fácil extraviarse por esas montañas! (*Llamando desde la puerta del caserío.*) ¡Luísa...!

LUISA (*Saliendo.*) ¡Carlos!

CARLOS (*Aparte.*) ¡Oh, qué pálida está!

LUISA ¡Ay, amigo, mío! tengo razón para preguntarme qué es lo que he hecho para merecer un suplicio semejante. No hay vida más cruel, ni más horrorosa que la mía; la desgracia que me acompaña me hace criminal para todos, y estoy tan justamente castigada á sus ojos, que no hallo ni una mano amiga que me sostenga, ni un corazón que me justifique.

CARLOS ¿Se olvida usted de mí?

LUISA Ya veo que me tiene usted lástima. Pero yo

no pido compasión, pido justicia; no quiero que se me perdone, quiero qué se me crea. (*Llorando.*) Porque no soy culpable.

CARLOS Yo la creo á usted.

LUISA (*Sorprendida.*) ¡Que usted me cree!

CARLOS Sí, sí, la creo, porque aún cuando mi razón la condena, mi corazón me grita, diciéndome que es usted inocente.

LUISA ¡Ah!

CARLOS Sí, inocente.

LUISA ¡Mil veces sea bendito por esas palabras! (*Con arranque.*) Que el dolor me mate ahora, no temo á la muerte; ya hay un hombre honrado que diga á mi hijo que su madre fué tan desgraciada como inocente. Y para que nada me quede por sufrir, me ponen ahora en la horrorosa alternativa de ser una madre desnaturalizada, ó una hija parricida.

CARLOS ¡Parricida! Explíquese usted.

LUISA Mi padre me ha robado á mi hijo...

CARLOS ¡Ah! ¡Lo temía!

LUISA Y me ha jurado por la santa memoria de los que le dieron el sér, que, al devolvérmelo, dejará de existir, porque se matará.

CARLOS ¡Ah! nó, Luisa: yo le entregaré á su hijo; yo evitaré también que su padre se mate.

ESCENA XIII

DICHOS: EL TIO PACO

TIO PACO (*Saliendo por el mismo lado que se marchó.*) No prometa usted lo que con seguridad ha de dejar de cumplir.

LUISA ¡Ah!

CARLOS (*A Luisa.*) Déjenos usted solos, y nada tema. (*Luisa se dirije lentamente hacia el caserío, llorando; al pasar por el lado de su padre*

levanta la cabeza para mirarle, y dice con humildad.)

LUISA ¡Padre mío!

TIO PACO Sigue tu camino.

CARLOS (*Al ver detenida á Luisa, que está con la cabeza baja, se acerca á ella y la conduce hasta la puerta del caserío.*) He prometido devolverle su hijo, y se lo devolveré.

TIO PACO Desafío á usted á que lo haga.

CARLOS Le he prometido salvar también la vida de su padre, y la salvaré.

TIO PACO ¡O nó! (*Entra Luisa.*)

ESCENA XIV

CARLOS: EL TIO PACO

TIO PACO Cuando no se tiene la seguridad de cumplir una cosa, no se promete de ese modo. Si mi hija recobra á su hijo, será conocida de todo el mundo su deshonra, y yo no seré testigo de su deshonor.

CARLOS ¿Quiere usted suicidarse?

TIO PACO (*Con resolución.*) ¡Sí!

CARLOS Bien, sea. Si no tiene usted fe ni religión, nada tengo que decirle. Mátese usted.

TIO PACO Creo en Dios, ¡pero soy tan desgraciado!...

CARLOS ¿Qué quiere usted reemplazar esa desgracia por un crímen...?

TIO PACO ¡Un crimen!

CARLOS ¡Sí, un crimen! Dios impone un deber sagrado á los padres de familia: coloca bajo su amparo á los hijos que les da, es un puesto de honor el que les designa cerca de ellos; él solo tiene el derecho de señalar el término; sustraerse á este deber es un crimen, abandonar ese sitio antes de la hora es una deserción, es la más grande de las bajezas.

TIO PACO (*Con ira.*) D. Carlos... (*Calmándose.*) Pero, ¿qué quiere usted que haga?

CARLOS Para usted, como para todos, Luísa ha cometido una falta; mas para mí, ella es víctima de una fatalidad que, un impenetrable misterio, me impide comprender. Es preciso que haya habido en su vida una hora de fiebre, de delirio, de locura...

TIO PACO De locura, sí; también me he dicho yo eso.

CARLOS Y puesto que el miserable autor de todas estas desdichas no se presenta á ofrecer una reparación que, después de todo, le enriquecería á los ojos de Dios y á los nuestros, será tal vez porque haya muerto.

ESCENA XV

DICHOS: EMILIA, desde la puerta del caserío.

EMILIA Nó, que vive.

TIO PACO ¡Emilia!

CARLOS (*Aparte.*) ¿Qué traerá por aquí esta mujer?

TIO PACO ¿Usted conoce al culpable?

EMILIA Sí.

TIO PACO ¡Su nombre!

CARLOS Dígalo usted, y nada tema.

EMILIA Mas...

CARLOS Esté usted tranquila.

EMILIA Voy á avisarle. (*Se dirije hacia el caserío.*)

TIO PACO Pero ¿está aquí...?

EMILIA (*Desde la puerta.*) Don Luís... señor conde...

TIO PACO El conde...

CARLOS (*Viendo salir á Luís.*) ¡El!

TIO PACO ¡Ah, infame! (*Hace un movimiento como para lanzarce sobre Luís: Carlos, al notarlo, lo detiene.*)

CARLOS ¡Quieto!

ESCENA XVI

DICHOS: LUIS. (Puerta del caserío.)

EMILIA D. Luís, me ha ofrecido usted una reparación, á la que renuncio.

LUIS ¡Que renuncia!

EMILIA Me ha prometido usted aclarar, ante estos señores, el motivo de esa reparación.

LUIS Pero...

EMILIA ¡Me lo ha jurado!

LUIS Desde su lecho de muerte la Sra. Marquesa del Pinar me había dirigido una carta... (*A Emilia.*) La que me entregó usted.

EMILIA Sí.

LUIS Decíame en ella que la fortuna que me legaba no debía pertenecer á mí solo, y me ordeñaba repartirla con usted... (*Aparte á Emilia.*) Con su hija.

EMILIA (*Aparte á Luís*) ¡La marquesa era mi madre!

LUIS (*Aparte á Emilia.*) Sí... (*Alto.*) Mas yo, que había disipado con anticipación esa herencia, me vi obligado á callar vergonzosamente hasta el día en que me encontrase rico y pudiera decirle: Emilia, debo á usted una reparación, sea usted mi esposa.

EMILIA Nó, si no es para restituirme una fortuna para lo que iba usted á casarse conmigo. ¿Teme usted hablar?

LUIS Emilia...

TIO PACO Pero ¿qué tiene que ver el honor de mi hija con esa historia?

CARLOS Calma.

EMILIA Don Luís, no eche usted al olvido el crimen que cometió la noche en que me hizo objeto de una odiosa apuesta, la noche en que quise envenenarme con el resto de la medicina recetada por el doctor Carlos, la noche en

que entró usted en el pabellón que yo habitaba...

CARLOS (*Aparte.*) ¡Ah, qué rayo de luz!

LUIS ¡Yo...! Yo no entré en el pabellón.

EMILIA ¡Ah! y lo niega.

LUIS ¡Señora...!

EMILIA ¡Lo niega!

LUIS (*Interrogando á Carlos.*) ¡Doctor...!

CARLOS El señor conde, al obscurecer de esa noche fué herido por la bala de una de mis pistolas.

EMILIA ¡Ah! ¿Quién pudo entonces...?

CARLOS Yo.

EMILIA (*Con alegría.*) ¿Usted? ¡Dios poderoso!

LUIS (*Reconviniéndola.*) Emilia...

EMILIA ¡Oh! no tema usted, que mi honor está limpio y sin mancha.

CARLOS Sin mancha... luego... ¡Oh! Hable usted, que me parece adivinar...

EMILIA Sí, sí.

CARLOS En nombre del cielo le suplico que hable.

TIO PACO Pronto.

EMILIA Aquella noche yo tomé solo la mitad del veneno; la otra mitad la consumió una joven pura é inocente... que no pudo defenderse y que ignora todavía lo que aquella noche le aconteció.

CARLOS ¡Ah! por favor, Emilia, dígame quién era aquella jóven...

EMILIA Va usted á verla. (*Se dirije al caserío: al llegar á la puerta, dice:*) Luísa...

CARLOS (*Con exaltación.*) ¡Ah, sí, era ella!

TIO PACO ¡Mi hija! ¡Fué mi hija!

CARLOS El corazón quiere estallar dentro de mi pecho... no puedo respirar... ¡Ah! (*Rompe á llorar. Al verlo el tío Paco y Luís se acercan á él.*)

TIO PACO Don Carlos...

CARLOS ¡Tío Paco...! ¡Padre! ¡Padre mío! (*Le abraza.*)

TIO PACO ¿Pero ama usted á mi hija?

CARLOS Con toda mi alma, con todo mi corazón. (*En este momento sale Luísa del caserío: al verla el tío Paco y Carlos corren hacia ella; el primero la abraza, y el segundo cae á sus pies*

postrado y sin fuerzas, y tomándole una de sus manos se la besa. Emilia se acerca á Luís, y emocionada contempla el cuadro. Dimas sale también y mira con atención como queriendo adivinar algo. Fernando aparece bajando de la montaña.)

ESCENA XVII Y ULTIMA

LUISA, EMILIA, EL TIO PACO, CARLOS, LUIS, DIMAS y FERNANDO

LUISA. Carlos... Padre mío... ¿Qué es esto?

CARLOS. ¡Perdón, Luísa! ¡Perdón para tu esposo!

LUISA ¡Mi esposo...! ¡Él mi esposo...!

TIO PACO. Sí, te quiere de veras, me lo ha dicho.

FERN. *(Desde la montaña.)* ¡Qué escucho! *(Acaba de bajar con precipitación.)*

LUISA ¡Ah...! Pero mi deshonra, mis lágrimas, mis dolores, y...

TIO PACO. Todo ha sido un sueño. Ahora te casas con él y...

FERN. Eso nunca.

CARLOS. *(Reponiéndose y diciendo á Fernando al verle)* ¡Oh! Fe nando... Abrázame.

FERN. Esplícame.

CARLOS. Sí, todo te lo espliearé, todo lo sabrás y te juro que has de quedar satisfecho del relato que te haré al lado de la cuna de tu sobrino, en tanto que mi esposa, mi Luisa, adormece á su hijo, á nuestro legítimo hijo ante Dios y ante los hombres. *(Luisa da un grito de placer y abraza á Carlos y á su padre. Fernando con la vista baja se acerca á su hermano y le abraza también. Emilia, Luis y Dimas contemplan con emosión el cuadro.)*

FIN DE LA OBRA.

D. Wenceslao Buen
Teatro Principal
Valencia